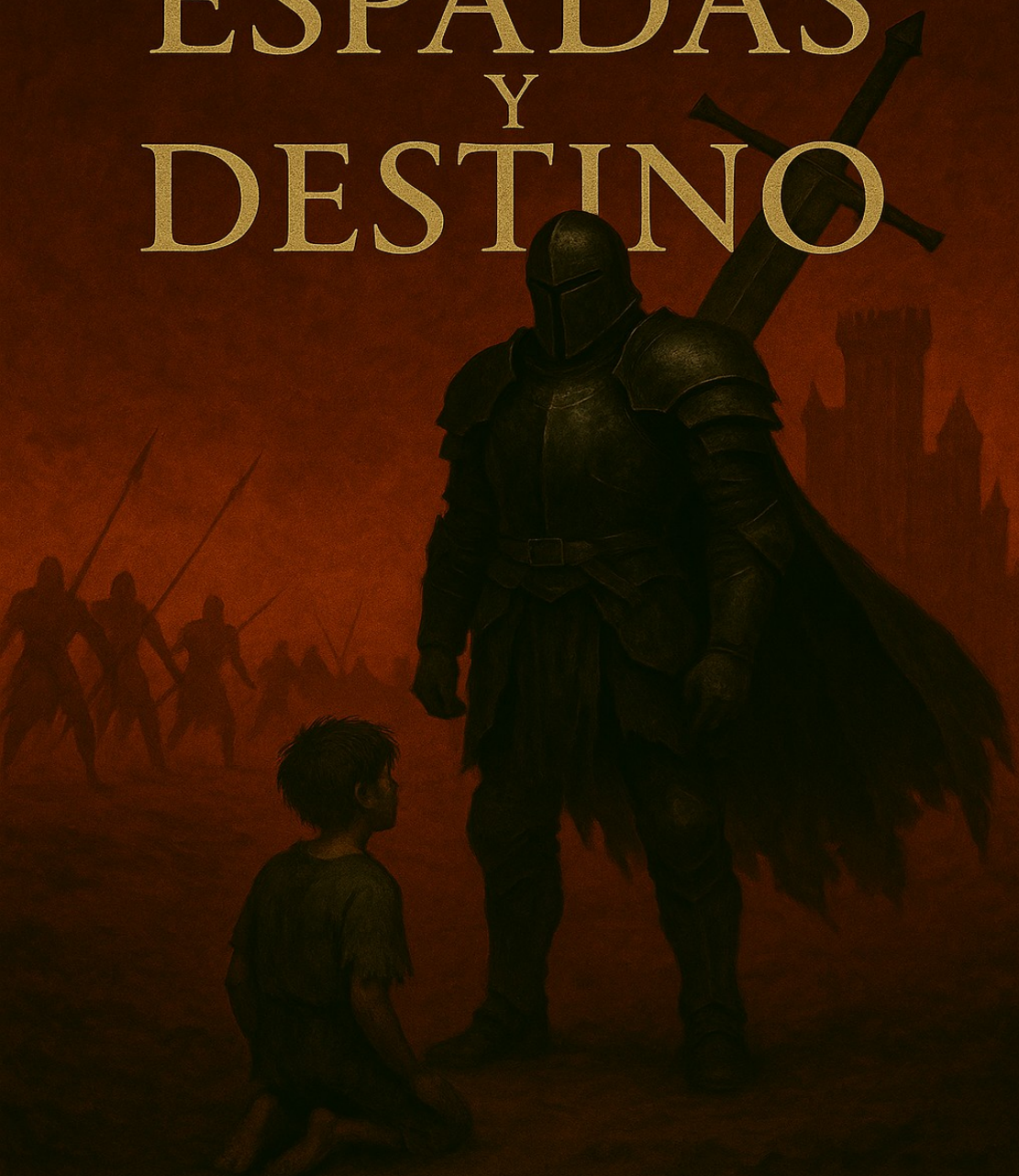


# ESPADAS Y DESTINO



DAVID EGEA



# **Índice**

<b>Prólogo.....</b>	<b>1</b>
<b>Capítulo 1 – Sonrisas y lágrimas.....</b>	<b>3</b>
<b>Capítulo 2 – Thrugnar.....</b>	<b>12</b>
<b>Capítulo 3 – Tiempos turbulentos.....</b>	<b>19</b>
<b>Capítulo 4 – El Enviudador.....</b>	<b>32</b>
<b>Capítulo 5 – El asedio.....</b>	<b>51</b>
<b>Capítulo 6 – El precio de la Paz.....</b>	<b>72</b>
<b>Capítulo 7 – Bajo el filo de las maderas.....</b>	<b>85</b>
<b>Capítulo 8 – Por un mejor futuro.....</b>	<b>97</b>
<b>Capítulo 9 – El eco de la farsa.....</b>	<b>114</b>
<b>Capítulo 10 – Donde rompen las olas.....</b>	<b>128</b>
<b>Epílogo.....</b>	<b>147</b>

# Prólogo

En los oscuros recovecos de la Europa Medieval, la muerte y la destrucción acechaba en cada esquina, amenazando con cortar los hilos que el destino tejía para los hombres. En Europa, los reinos se alzaban como titanes que deseaban consumirlo todo, desafiando a las mareas del tiempo para perdurar por los siglos. Entre esos reinos, destacaba un reino del Norte, el reino de Dinamarca. Un reino cuyo nombre estaba ensuciado por el pasado vikingo del lugar, siempre tuvo conflictos internos que hacían peligrar la paz, las guerras civiles eran algo muy común, después de todo, las costumbres ancestrales son más fuertes que el acero mismo. Tras muchas revoluciones en el reino, llegaría un hombre que lo cambiaría todo, su nombre era Sylv. Sylv rápidamente tranquilizó al pueblo con su carisma, logrando así unificar los cuatro territorios, este periodo de la historia de Dinamarca sería llamado "Sylvaria", en honor al rey que unificó sus territorios en un solo reino, cambiando el nombre de Dinamarca a Sylvaria, dividiendo el reino en cuatro provincias o condados.

El nuevo rey serviría bien a su pueblo y a sus nobles, logrando mantener por muchos años la paz en Sylvaria, llegando a ser por un tiempo, el único reino de Europa sin guerras. A lo largo de su vida, el rey Sylv tendría bastantes descendientes, en total

cuatro, conociendo los conflictos que podrían haber por tener más de un heredero, decidió hacer una ley en Sylvaria, Sylvaria sería el primer reino en tener más de un rey vigente, cada rey reinaría en un condado, pero debían mantener el reino unificado, para eso, debían todos ser parientes. Al rey fallecer, sus cuatro hijos se dividirían los condados de Sylvaria igualitariamente, jurando mantener el reino unido bajo cuatro coronas igualitarias. Claro, había otra regla, solo estaban permitidos a tener un solo descendiente, además que, los hijos bastardos quedaban totalmente prohibidos por mancillar la sangre real.

Así, el reino de Sylvaria conocería una paz que parecía no tener fin, pasarían las generaciones de forma pacífica y respetando la ley que Sylv dio. Pero, la tranquilidad estaba pasando lentamente, dando paso a tiempos turbulentos y caóticos, donde la muerte acecharía detrás de cada esquina.

# Capítulo 1 – Sonrisas y lágrimas

Los rayos del amanecer se sentían cálidos esa mañana, asomando por una ventana abierta. Parecía ser un hogar rústico, con paredes de piedra algo antiguas, con un techado de paja que parecía tener muchos años. A las afueras del hogar, ya se veía a gente madrugadora, que aprovechaban la leve brisa mañanera para salir a pasear con el rebaño. Nos encontraríamos en el 1298 año de nuestro Señor. Finalmente, volveríamos a aquella ventana abierta, el crujido de la puerta de aquella habitación indicaría que alguien había entrado.

— Eskil... Venga, ya es de día.- Diría una voz femenina pero madura, parecía que nos encontrábamos en una residencia familiar.

— Eskil, vamos, no tenemos todo el día.- Volvería a repetir la mujer, llamando al nombre de su hijo una vez más, esperando una respuesta o que se despertara.

Finalmente, el joven se retorcería en su cama algo molesto, hablando entre bostezos:

— Un poco más, madre, realmente estoy cansado...-

La madre se acercaría a su joven hijo, sentándose en su cama, apoyando su mano en la cabeza de Eskil:

— Venga, ya hice el desayuno... Necesitas energía para pasear a las ovejas, ¿no?-

El joven niño finalmente suspiraría, incorporándose de la cama, frotando sus ojos aún cansado, diciendo con un tono levemente molesto:

— Está bien...-, el joven se levantaría completamente de su cama, caminando afuera de su cuarto, seguido por la mirada de su madre, la cual simplemente sonreiría en silencio.

El chico se sentaría en un pequeño taburete de madera, empezando a comer su desayuno, un pequeño trozo de pan de centeno, con el que su pequeño cuerpo de 5 años se llenaría, tras finalizar su desayuno, el chico suspiraría para seguidamente levantarse de su asiento, volviendo a entrar a su cuarto.

Su madre seguía en su habitación, había estirado la cama de su hijo y preparado su ropa para el día encima de la cama, la madre voltearía a mirar a Eskil, sonriendo le dirigiría la palabra:

— Oh, ¿ya has desayunado? Pues vamos, hace buen tiempo fuera-.

El joven caminaría hacia su cama, agarrando su ropa y empezando a ponérsela. Finalmente, agarraría una pequeña vara, caminando hacia la puerta de su hogar.

— ¡Madre, ya me voy!- diría el joven, cerrando la puerta al salir de su casa. La brisa mañanera le refrescaría el rostro, Eskil

lentamente sonreiría con inocencia, empezando a caminar hacia un pequeño establo, abriendo la puerta a decenas de ovejas.

— Venga, venga, ivamos a pastar!- el joven Eskil sonreiría, cerrando el establo nuevamente y empezando a pasear con el rebaño tranquilamente. Eskil mantendría la mirada al rebaño, mirando de vez en cuando a sus vecinos.

Este pequeño pueblo es llamado Rödborg, encontrado en el condado de Frotgar, al sur de Sylvaria. Era una tierra fértil, con un río que serpentea por el centro del poblado, era un valle rodeado por las montañas del Sur. El joven paseaba tranquilamente con su rebaño, llegando a las verdosas colinas, donde se sentaría relajado en el pasto.

— Vaya... Mamá tenía razón, hace buen tiempo esta mañana.- Eskil miraría al rebaño de reojo, suspirando levemente.

Los primeros rayos del sol acariciaban suavemente las colinas de Rödborg, pintando el paisaje con tonos dorados y creando una atmósfera de serenidad en el tranquilo poblado. Eskil, con su mirada aún adormecida, ascendió por la colina, acompañado por el suave murmullo de las ovejas que pacíficamente pastaban a su alrededor.

Con cada paso, Eskil se sumergía en la belleza simple y sublime de su entorno, respirando el aire fresco y dejando que el sol acariciara su rostro. Era un momento de paz en medio del bullicio



de la vida cotidiana, un instante en el que el joven podía desconectar del mundo y dejarse llevar por la armonía de la naturaleza.

Al alcanzar la cima de la colina, Eskil se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra un árbol anciano que se alzaba majestuoso en aquel paraje. Desde allí, contempló el valle extendiéndose ante él, con sus campos verdes y sus prados salpicados de flores silvestres. Era un panorama que conocía desde su infancia, pero que nunca dejaba de sorprenderlo con su belleza simple y atemporal.

Mientras descansaba bajo la sombra del árbol, un vecino se acercó a él, rompiendo la tranquilidad del momento con su presencia. Era un hombre de aspecto rudo pero afable, cuyos ojos reflejaban la preocupación y el cansancio de alguien que ha vivido tiempos difíciles.

— Eskil-, lo llamó el vecino, su voz cargada de inquietud. — ¿Cómo está tu padre? He oído que está enfermo y me preocupa su estado.-

Eskil asintió con solemnidad, reconociendo la gravedad de la situación.

— Mi padre no está bien-, respondió con sinceridad, desviando la mirada hacia el horizonte. — La enfermedad lo debilita cada día más, y temo por su salud.-

El vecino asintió con comprensión, su expresión reflejando la tristeza y la preocupación.

— Es un momento difícil para todos nosotros-, murmuró, con temor en sus ojos. — Pero debes mantenerte fuerte Eskil, tu padre necesita tus cuidados.-

Con un gesto de agradecimiento, Eskil asintió, reconociendo la sabiduría en las palabras de su vecino.

— Tienes razón-, respondió con determinación. — Le diré a mi padre de tu preocupación, muchas gracias por preguntar.-

Eskil se despidió de su vecino y regresó a su hogar junto al rebaño, llevando consigo la carga de la preocupación por su padre y la incertidumbre que se cernía sobre el horizonte de Sylvaria. En las semanas que siguieron, esos sentimientos de inquietud y anticipación solo se intensificarían, anunciando el inicio de una época de cambio y conflicto para su hogar.

Con el pasar de las semanas, el panorama en Rödberg había cambiado drásticamente. La sombra de la guerra se cernía sobre el tranquilo pueblo del sur de Sylvaria, transformando la vida apacible de sus habitantes en una lucha por la supervivencia.

Rödberg se encontraba ahora en cuarentena, rodeado por temores de incursiones de mercenarios y saqueadores que acechaban en los confines del reino. Las calles, una vez bulliciosas y animadas, ahora yacían desiertas y silenciosas, mientras la lluvia caía implacablemente sobre los tejados de paja y las paredes de piedra antiguas.

En el hogar de Eskil, la preocupación por la salud de su padre había cedido paso a una nueva angustia: la incertidumbre por el futuro y el temor a lo desconocido. Aunque su padre se encontraba mejorando lentamente, la sombra de la guerra pendía sobre sus cabezas como una espada de Damocles, amenazando con destruir todo lo que habían conocido.

En aquella noche lluviosa, Eskil y su familia se reunían en la calidez de su hogar, buscando consuelo y protección ante la tormenta que se desataba afuera. El crepitar del fuego en la chimenea y el sonido de la lluvia golpeando contra las ventanas creaban una atmósfera cargada de tensión y ansiedad.

Eskil, con el corazón apretado por la incertidumbre, observaba a su padre, cuyos ojos reflejaban la preocupación que también albergaba en su interior. Eran una familia humilde, con recursos limitados y pocas opciones frente a la inminente amenaza que se cernía sobre ellos.

— ¿Cómo podemos sobrevivir en estas condiciones?-, se preguntaba Eskil en silencio, sintiendo el peso abrumador de la responsabilidad sobre sus hombros. Su padre voltearía hacia Eskil, acercándose a este y arrodillándose ante él. Finalmente apoyaría sus manos en sus hombros, mirándole a los ojos

— Escúchame, hijo mío. Esto no es responsabilidad tuya, tú no deberías de estar viviendo esto... Solo, has tenido mala suerte... Tranquilo, Eskil, estamos tu madre y yo aquí para proteger-

te.-, diría el hombre tratando de mantener el alegre carácter de su hijo.

El joven niño sonreiría levemente, abrazando a su padre, — Gracias, papá...-

La noche avanzaba lentamente, cargada de un palpable sentido de fatalidad y presagios sombríos. Eskil sabía que el mañana traería consigo nuevos desafíos y peligros, sentía temor, ni siquiera sabía si llegará a vivir un día más.

Mientras la lluvia continuaba cayendo sin cesar, Eskil se aferraba a la esperanza de que, incluso en los momentos más oscuros, la luz de la esperanza y la fortaleza de su familia los guiarían hacia un futuro mejor. En medio de la tormenta, encontraba la fuerza para seguir adelante, sabiendo que juntos podrían superar cualquier adversidad que se interpusiera en su camino. Pero, los hilos del destino tan solo le estaban preparando para la oscuridad que teñiría el resto de su vida. Las horas pasarían, finalmente la familia iría a descansar.

En mitad de la noche, mientras la familia descansaba plácidamente, un fuerte golpe interrumpiría el sonido de la lluvia. La familia se levantaría sorprendida, reuniéndose todos en el salón, donde la luz de la chimenea ya apenas se notaba. El padre se pondría frente a su esposa y a su hijo, observando la puerta del hogar, que volvería a temblar tras otro fuerte golpe, alguien estaba intentando entrar.

— Astrid... Escondeos tú y Eskil...-, diría el padre, agarrando una vara metálica de al lado de la chimenea. El joven no comprendía completamente, pero, su madre asentiría, agarrando la mano de Eskil, — Vamos, hijo...-. Ambos entrarían al cuarto de los padres de Eskil. Astrid levantaría una alfombra, levantando una tabla de madera, finalmente miraría a Eskil, sonriendo levemente para tratar de tranquilizarlo.

— Vamos, entra.-, el joven Eskil haría caso a su madre, adentrándose en el hueco. El lugar era pequeño, una pequeña vela sería encendida por Astrid, confirmando el pequeño espacio de aquel lugar. Eskil miraría a su madre, con temor en sus ojos.

— Madre... ¿Estaremos bien? Tengo miedo...-, su madre sonreiría dulcemente, acariciando el pelo de su hijo, —No te preocupes, todo pasará. Solo tienes que quedarte en silencio por un poco de tiempo, ¿vale? Después de eso, tu padre y yo vendremos a por ti.-, su madre, sentiría preocupación que se reflejaría en una leve gota de sudor que recorrería su frente.

Finalmente, se levantaría, caminando a la pequeña mesa de al lado de la cama, abriendo el cajón. Finalmente, Astrid se volvería a asomar al hueco donde ahora estaba su hijo, ofreciéndole una pequeña daga, — Eskil, escúchame atentamente, solo usa esto si te atacan, solo como defensa, ¿entendido?-. El joven miraría a su madre desconcertado, dudando si en verdad debería agarrar

el arma. Finalmente, el joven extendería su mano, agarrando la daga con temor.

— M-Madre... Tengo miedo...-, el joven diría con la voz temblorosa. Astrid dejaría de sonreír levemente, dejando de agacharse, diciendo de forma seria y entristecida, — Yo también, hijo...-

Finalmente, la madre de Eskil volvería a colocar la tabla de madera y la alfombra, ocultando así a su hijo. Finalmente, Astrid volvería al salón, colocándose al lado de su esposo, que le miraría nervioso y casi enojado, — ¿Qué haces? Te dije que te escondieras tú también.-, a lo que su mujer le miraría a los ojos, asustada, pero determinada, — Olaf, no te dejaré solo... Cuando me casé contigo, juré estar siempre junto a ti...-

Olaf sonreiría levemente al oír eso, realmente era afortunado por tener una familia así, ambos mirarían a la puerta, esperando a la posible amenaza que llamaba a su puerta.

## Capítulo 2 – Thrugnar

El sonido de la lluvia inundaba el ambiente, la humedad se sentía en el aire, casi se podía mascar. El viento azotaba fuertemente aquella noche, el ruido de la lluvia y el vendaval podía parecer hasta relajante, pero, un fuerte golpe interrumpiría el sonido de la lluvia.

Olaf y Astrid se encontrarían a su puerta del hogar, respirando agitadamente por los nervios con cada golpe, era obvio que si no abrían la puerta tras las llamadas, los hombres del exterior entrarían a la fuerza. Finalmente Olaf tomaría aire profundamente, caminando hacia la puerta de la casa, mirando a Astrid, — Tranquila, no dejaré que nos hagan nada, simplemente veré qué quieren.-, Astrid asentiría, tragando saliva levemente.

Finalmente, Olaf abriría la puerta, sonriendo de forma forzada, — ¿Sí? ¿Qué se les ofrece?-. Afuera del hogar se encontraría un pequeño grupo de hombres de prendas extrañas, un hombre alto y barbudo hablaría, — Buenas noches, estamos en una misión al Norte y necesitamos recursos, si tuvieran la bondad de compartir algunos pequeños recursos?-, Olaf miraría al hombre genuinamente sorprendido, parpadeando rápidamente. Astrid se encontraría igual de sorprendida, mirando al grupo de hombres.

Olaf volvería a hablar, con un tono algo nervioso, — Lo lamentamos, apenas tenemos provisiones para nosotros, no podemos compartir mucho con ustedes.-, el rostro del hombre daría un cambio rotundo, su sonrisa desaparecería, mirando a Olaf seriamente.

— Una pena, no se preocupen... Lo lamentamos.-, Olaf miraría aún más extrañado al hombre, dando un pequeño paso hacia atrás, — ¿De qué se lamentan? Ustedes no hicieron na-.

Entonces, la voz de Olaf se cortaría abruptamente, escuchándose como el aire salía de su boca de forma forzada en mitad de la frase. Astrid no comprendería, acercándose levemente a su esposo, — ¿Olaf...? ¿Qué sucede?- , entonces, Astrid quedaría petrificada de terror.

El momento se tornó en un parpadeo, un instante suspendido en el tiempo mientras el horror se desataba frente a sus ojos. Una lanza se materializó repentinamente en el aire, cortaba el silencio de la noche con un silbido siniestro. El arma atravesó el aire con una velocidad feroz, encontrando su blanco en el estómago de Olaf con una fuerza impactante.

El impacto fue como un golpe de martillo, un estallido de dolor que sacudió todo su ser. Olaf se tambaleó hacia atrás, con los ojos abiertos de par en par en un gesto de incredulidad y agonía. La lanza se clavó profundamente en su abdomen, hundiéndose en sus entrañas con una ferocidad despiadada.



Un intento de grito brotó de los labios de Olaf, un lamento de angustia y desesperación que cortó el aire como un cuchillo afilado. Astrid, paralizada por el terror, observó impotente cómo su esposo caía de rodillas, sosteniendo su estómago con las manos ensangrentadas mientras la vida se escapaba de su cuerpo en un flujo oscuro y espeso.

El dolor era abrumador, un fuego abrasador que consumía cada fibra de su ser. Olaf luchaba por mantenerse en pie, pero sus fuerzas lo abandonaban rápidamente, dejándolo sumido en la oscuridad y el tormento. Los hombres desconocidos, testigos mudos de la tragedia que habían desencadenado, permanecieron impasibles en su lugar, observando fríamente el sufrimiento que habían provocado.

Para Olaf, el mundo se reducía a una espiral de dolor y confusión, mientras la vida se desvanecía lentamente de su cuerpo herido. La lanza, una herramienta de muerte forjada en la oscuridad de la noche, se convertía en su último testigo silencioso, marcando el fin de su existencia con una crueldad insondable.

Astrid sujetaría a Olaf, cayendo al suelo con él, — ¡N-NO! ¡N-NO ME DEJES! ¡OLAF!-, la mujer lloraría desconsoladamente, sujetando el ya cadáver de su difunto esposo, los hombres mirarían la escena indiferentes, empezando a entrar en el hogar a registrar, aquel hombre que marcó el destino de Olaf se acercaría a la viuda, agachándose ante ella.

— No llores, no te va a dejar. Solo tienes que ir tras él.-, el hombre sacaría lentamente una espada mientras se levanta mirando fríamente a Astrid, poniendo la hoja de su arma al lado de su cuello. Astrid miraría arriba a su verdugo, tratando de gritar algo, pero, no le salía la voz. Lágrimas brotarían de sus ojos, dándose cuenta de que no podrá volver a ver a su hijo.

En un instante, la cabeza de Astrid tocaría el suelo tras un movimiento de espada, su cuerpo perdería fuerzas, cayendo sobre el cadáver de su esposo. El hombre mantendría silencio, limpiando su hoja y envainando su espada.

— ¡Oh, jefe! ¡Ella tenía buena pinta!-, gritaría uno de sus hombres, seguido de otro, — ¡Llevamos tiempo sin divertirnos!-. El hombre se reiría levemente ante los comentarios de sus hombres, — Callaos de una vez, no estamos aquí por eso. Ahora vamos, coged lo que pueda servir y quemad la casa.-, el hombre caminaría por la casa, entrando a la habitación de Eskil. Se quejaría levemente, llamando a sus hombres.

— ¡Mirad bien, según parece hay un niño!-, finalmente saldría de aquel cuarto, entrando al siguiente, mirando alrededor de la habitación donde dormían los padres.

Las pisadas del hombre se escucharían en el escondite de Eskil, que había escuchado los gritos de su madre, ya se esperaba lo peor. Se negaba a aceptar lo ocurrido, no lo veía correcto, sus padres habían hecho todo en sus manos para protegerlo y habían

sufrido las consecuencias. Una leve lágrima de tristeza se asomaría por su ojo, sentía que no valía la pena vivir ya, después de todo, había perdido a toda su familia.

Entonces, como si de una llama se tratase, la ira brotaría en su interior, debía vengar a sus padres, él quería hacerlo. Agarraría firmemente la daga que le dio su madre, levantaría levemente la tabla de madera, asomándose por el pequeño hueco, observando con temor los cadáveres de sus padres en el salón, realmente su miedo era realidad. Una mezcla de emociones recorrerían su cuerpo, pero, lo que más deseaba era venganza. Con algo de temor, pero lleno de determinación e ira, saldría cuidadosamente del escondite, mirando alrededor.

Entonces, una voz se escucharía detrás suya.

— Oye, niño-

Eskil se quedaría petrificado por un momento, dudando si debería darse la vuelta a mirar a su posible agresor. Entonces, el hombre volvería a hablar.

— ¿Te fallan los oídos?-

El joven tomaría aire profundamente, tratando de tranquilizarse, pero era imposible. El pequeño se giraría con ira, tratando de apuñalar al hombre que asesinó a su familia, soltando un grito desesperado de ira. Los compañeros del hombre se darían cuenta del intento de asesinato, empezando a reír.

— Vaya, el chico tiene agallas, ¿eh?-

— Sin duda, ¡quizás hasta gane!-

El grupo de hombres reiría, mientras el joven trataba de asesinar al hombre. Después de muchos intentos de ir a por su cabeza, se detendría de repente, saltando a los pies del hombre, logrando clavar su daga en la pierna del asesino.

— ¡¡A-AGH!! ¡Niño malcriado!-

El hombre rápidamente patearía al joven Eskil en el estómago, dejándolo en el suelo. El chico se agarraría la tripa adolorido, quejándose del dolor que sentía ahora. El robusto hombre se acercaría al niño, pateándolo nuevamente.

— ¡Vamos! ¡Levántate si tienes agallas, chico!-

El pequeño se seguiría retorciendo por unos momentos. Hasta que finalmente, empezaría a levantarse nuevamente, de forma lenta pero segura. Los hombres que observaban reirían y vitorearían la valentía del chico.

— ¡Eso es niño! ¡Jajajaja! ¡Sigue así!-, obviamente, los hombres se reían del intento de resistencia inútil por parte del joven. Eskil una vez levantado, se volvería a lanzar a por el hombre, aprovechando su pequeño tamaño para colocarse detrás suya. Sorpresivamente, el chico haría caer al hombre de espaldas.

El éxtasis de los hombres aumentaría, riendo fuertemente. Pero, Eskil no se reía, el chico saltaría sobre el pecho del hombre y agarraría la daga de su madre que seguía clavada en la pierna del hombre.

— ¡¡C-CHICO!!-

— ¡M-Matadlo! ¡Va a matar al capitán!-

Los hombres dejarían de reírse al ver que el joven iba a matar, empezando a correr hacia él. Eskil vería su intento de venganza frustrado, teniendo que elegir rápido. El joven miraría alrededor desesperado, sus ojos se iluminarían al ver la ventana de aquella habitación. El joven agarraría firmemente la daga de su madre, corriendo hacia aquella ventana.

El enojado cabecilla se levantaría adolorido, deteniendo a sus hombres.

— No vale la pena, no sobrevivirá ni un solo día...-, los hombres seguidamente se detendrían, empezando a dudar de la decisión del capitán, pero serían interrumpidos por el ruido del cristal de la ventana una vez Eskil saltó por esta.

El joven se levantaría, empezando a correr desesperado en busca de un lugar seguro, pero se detendría petrificado al dirigir la mirada a Rödberg, al ver como algunas casas ardían fuertemente a pesar de la lluvia, alumbrando el cielo nocturno. Eskil dudaría que hacer, solo era un niño, no podía detener el caos y la destrucción que aquella noche destruían su hogar.

La guerra de la que su vecino le avisó había comenzado, Thrugnar.

## Capítulo 3 – Tiempos turbulentos

El miedo detenía a Eskil en seco, observando como las llamas lentamente consumían el pueblo en el que creció. ¿Qué pudo pasar? El pobre niño no lograba entender del todo lo ocurrido. Solo sabía que debía escapar de allí o pronto se uniría a sus padres en el más allá. El joven decidió huir al bosque, pero, su determinación por escapar se vería frustrada por el sonido del galope de un caballo. En menos de un parpadeo, se encontraba atado por una sogá.

— ¿Qué?-, el chico caería al suelo, siendo jalado de la piera con fuerza. Rápidamente intentaría cortar la sogá con su daga, pero, una voz le detendría.

— Si quieres mantener tu cabeza unida al cuerpo, suelta tu arma, chico.-, el niño miraría al jinete, era un mercenario en una pesada armadura. Eskil decidiría valorar su vida, soltando su daga. El hombre se bajaría de su caballo, agarrando la daga y dirigiéndole la palabra nuevamente.

— ¿Cómo te llamas, chico?-, el hombre preguntaría, mirando las ropas rasgadas del joven. Finalmente Eskil contestaría de forma corta, simplemente diciendo su nombre. El hombre se quedaría en silencio ante la respuesta.

— Mi nombre es Ulf... Tu daga esta ensangrentada, ¿qué has hecho, Eskil?-, el niño mantendría silencio, mirando levemente hacia el lado.

El hombre miraría a Eskil detenidamente, decidiéndose.

— Bien, chico, vendrás conmigo.-

Esto pilló por sorpresa al joven, que se negaría rotundamente, tratando de escapar de sus ataduras. Este intento de escaparse enojaría al mercenario, que no dudaría en golpear a Eskil en el rostro.

— No me entiendes niño. Es una orden, ahora eres mi prisionero, cualquier intento de escapar tendrá graves consecuencias.-, el hombre se acercaría a Eskil, presionando su cabeza contra el suelo.

— Ahora quédate quieto un momento.-

El hombre juntaría las manos de Eskil, atándolas. Después de eso, caminaría hacia su caballo, volviendo a montar sujetando la soga firmemente.

— Vamos niño, sígueme.-, el hombre avanzaría a caballo, tirando de la soga fuertemente. Eskil se levantaría, siendo tirado por la soga fuertemente, empezando a seguir al mercenario de forma forzada.

Los meses que siguieron a la captura de Eskil fueron un torbellino de sufrimiento y desesperación. Arrancado de su hogar y de todo lo que conocía, el joven fue llevado como esclavo a campos de formación de guerreros, donde fue sometido a un régimen de trabajo brutal y condiciones inhumanas.

Desde el momento en que llegó, Eskil se vio obligado a enfrentarse a un mundo completamente nuevo y hostil. Encadenado y despojado de su libertad, fue forzado a realizar trabajos agotadores bajo la supervisión implacable de sus captores. Cada día era una lucha por la supervivencia, una batalla contra el hambre, el frío y el dolor.

A medida que los meses pasaban, Eskil se sumergió en las profundidades de la desesperación. La pérdida de sus padres aún pesaba sobre él como una losa, y la angustia y el remordimiento lo consumían desde dentro.



A pesar del sufrimiento y la desesperación que lo rodeaban, se negó a rendirse ante el destino que le habían impuesto. En cada tarea, en cada golpe, encontraba la fuerza para seguir adelante, alimentando su resistencia con la promesa de vengar a sus padres.

Pero incluso en medio de la desolación, hubo destellos de humanidad que iluminaron su camino. A veces, encontraba pequeños actos de bondad entre sus compañeros esclavos, gestos de solidaridad y apoyo que le recordaban que no estaba solo en su sufrimiento. Incluso algunos mercenarios a veces abandonaban sus severos modos y trataban al chico de forma delicada.

Entre esos compañeros se encontraba Leif, otro joven esclavo que rápidamente se convirtió en su amigo más cercano. Leif había llegado al campamento poco después de Eskil, y aunque su vida en la esclavitud había sido similar, había algo en su mirada que nunca perdía la esperanza. A menudo, los dos compartían breves conversaciones en las que Leif, a pesar de su propio dolor, intentaba alentar a Eskil, diciéndole que algún día serían libres. Juntos, se cuidaban mutuamente, y su amistad fue un refugio de humanidad en medio de la brutalidad del campamento.

Y aunque la libertad parecía estar más allá de su alcance, la esperanza de un día ser libre nunca lo abandonó.

Aquel día pareció llegar, cuando un caballero se acercaría a él con unas sonrisas.

— Hey chico, veo que tienes espíritu, se nota en cada golpe que das a la roca. ¿Has pensado en unirme al ejército?-, esta pregunta pillaría por sorpresa a Eskil, que dudaría por temor a la muerte, pero, el recuerdo de sus padres y de aquella noche seguía fresco en su memoria. El joven asentiría firmemente.

— ¡Sí! ¡Aplastaré a mis enemigos como si fueran hormigas!-

El hombre no se esperaba eso sin duda, una leve sonrisa se formaría en su rostro, sonrisa que poco después se volvería una carcajada. El hombre miraría a su alrededor a sus compañeros, gritando entre risas:

— ¡El huérfano quiere ser soldado!-, los hombres empezarían a reír a carcajadas, sin duda era muy aburrido el día a día en el pequeño campamento, un poco de entretenimiento vendría bien, por lo que el soldado hablaría en voz alta.

— Bien, pequeño niño. Si quieres ser un guerrero, debes ganártelo. ¡Aksel!-

Un soldado joven se acercaría al lugar, aparentando tener poco más de 15 años. Eskil miraría al joven guerrero, volviendo a mirar al burlón.

— Si quieres ser un guerrero como nosotros, debes derrotar a Aksel, es nuestro guerrero más joven. ¿Aceptas el duelo?-, el ni-

ño miraría a su oponente, pensándolo detenidamente. Finalmente después de unos segundos de aceptaría el duelo.

El silencio reinaría por unos momentos en el campamento, solo para ser cortado por los gritos de los guerreros, que celebraban y reían por el inminente duelo.

— ¡Así se habla chico!-

— ¡Vamos, despejad el área de combate!-

El joven Eskil fue llevado a un campo de entrenamiento improvisado, donde se le proporcionaron armas tanto a él como a Aksel. Sin dudarlo un momento, Eskil optó por una espada mucho más grande de lo que sería adecuado para su tamaño. Al agarrar la espada y tratar de cargarla, se caería de espalda por el peso de esta.

Risas se escucharían en la multitud por la elección del joven.

— ¡Vaya, tiene agallas!-

— ¿Quieres un palo mejor?-, las risas continuarían.

Mientras tanto, joven Aksel se preparó con su espada y escudo, confiado en su habilidad y en la superioridad de sus armas. Finalmente, ambos se colocaron dentro del área de combate, uno frente a otro. La diferencia de tamaño y experiencia era evidente, pero Eskil no se dejó intimidar.

El duelo comenzó con un choque de acero, el sonido metálico resonando en el aire mientras las espadas chocaban con fuerza. Eskil trataría de darle un tajo a su oponente, pero debido al tamaño de su arma, sus movimientos eran lentos. Aún así, a pesar de su desventaja Eskil demostró una habilidad sorprendente, esquivando los golpes de su contrincante con agilidad y contraatacando lentamente pero con ferocidad. Cada movimiento estaba lleno de determinación y rabia, como si el joven simplemente dejara caer su peso sobre la espada en cada golpe.

A medida que el duelo continuaba, Eskil ganaba confianza con cada intercambio. Sus golpes se volvieron más precisos y ciertos, encontrando los puntos débiles en la defensa de su oponente y explotándolos con habilidad.

— ¡Vaya! ¡Mirad eso, el chico es bueno!-

— ¡Vamos Aksel, te está dejando en evidencia un esclavo!-

A pesar de los intentos de Aksel por resistir, pronto se vio superado por la destreza y la determinación del joven Eskil, este se cuestionaría internamente si realmente podía vencer ante semejante monstruo.

Eskil miraría a su contrincante con ira, preparándose para un buen golpe. Aksel se acercaría hacia el niño rápidamente, atacando hábilmente. El joven Eskil se acercaría de forma imprudente a su enemigo, recibiendo un corte algo profundo en el ojo. Pero, un pequeño sacrificio como ese le garantizó la victoria, debido a

que la trayectoria de su espada seguiría, alcanzando a Aksel, que aunque puso su escudo de por medio, no sirvió de nada.

El silencio se haría presente en el lugar. Finalmente, Aksel caería al suelo, con su escudo roto y una gran brecha en la cabeza. La victoria fue de Eskil, aunque parecía improbable al principio. Los soldados de alrededor, sorprendidos por el resultado, guardaron silencio por un momento antes de romper en aplausos y risas de incredulidad.

— ¡Lo hizo!-

— ¡Ese niño es bueno!-, las risas y aplausos se harían cada vez más fuertes debido al resultado del combate.

Eskil, sin embargo, no celebró su victoria con alegría. Se arrodillaría y soltaría su espada en el suelo, tocándose el ojo derecho levemente. Su temor se volvió realidad, cuando al abrirlo, no vio nada, había quedado tuerto. Un grito de agonía y sufrimiento saldría directamente de sus pulmones.

Entonces, el hombre se acercaría al joven, dándole un leve golpe en la nuca, haciendo que quedara en silencio.

— Suficiente, chico. Te acostumbrarás.-, diría el hombre, mirando con seriedad al chico, fijándose en su herida, agachándose ante este, pasando el dedo por la fresca herida. Con el joven quejándose de su herida, el hombre usaría la sangre del chico para hacerle la forma de la herida en el otro ojo.

El resto de captores celebrarían la llegada del joven al escuadrón.

— ¡Bienvenido!-

— ¡Felicidades chico!-

Eskil miraría extrañado a los hombres, preguntándose por qué los que lo mantenían de esclavo ahora lo llamaban tan tranquilamente, su destino había cambiado, al filo de la espada.

Leif se acercó después de la pelea, y con una sonrisa, le dio una palmada en el hombro.

— Lo hiciste bien, Eskil. Eres fuerte, lo vi. Yo... Yo también quiero salir de aquí. Lo haremos, juntos.-

Leif no era solo un amigo, ahora, con el corazón más firme que nunca, era su compañero de lucha, y ambos sabían que, algún día, se convertirían en hombres libres.

El cambio en la actitud de los captores de Eskil marcó un nuevo capítulo en su vida. Mientras el joven se adaptaba a su nueva condición de soldado, su ojo derecho, ahora ciego, le recordaba constantemente el precio de la victoria. Sin embargo, la determinación de Eskil no disminuyó. En su corazón una llama se encendía, el placer, la satisfacción... De matar.

Y en el campamento de los mercenarios, Halvard, un joven mercenario que observaba desde las sombras con una mirada de respeto, pensaba para sí mismo. Había algo especial en ese niño, algo que los demás no veían. Halvard sabía que este chico y Leif, quienes lo habían seguido con tanta determinación, tendrían un gran futuro, un futuro que él mismo contribuiría a moldear.

“Los Lobos Negros serán su casa cuando llegue el momento.”

Pensó Halvard.

Eskil fue integrado rápidamente en el régimen de entrenamiento de los soldados. Cada día era un desafío físico y mental, diseñado para fortalecer a los guerreros del sur. Los ejercicios eran extenuantes, las pruebas eran implacables, y las lecciones eran duras. Los captores, ahora compañeros, lo observaban con una mezcla de respeto y curiosidad. El joven que había vencido a Aksel no era un esclavo ordinario.

El capitán del escuadrón, Ulf, se interesó especialmente en Eskil. Era un hombre severo, con una cicatriz que cruzaba su rostro, testimonio de innumerables batallas. Ulf decidió tomar a Eskil bajo su tutela, reconociendo en el joven una feroz voluntad de supervivencia.

— Chico, has demostrado valor, pero el valor no es suficiente. Necesitarás habilidad, estrategia y fuerza para sobrevivir en el campo de batalla. Estás dispuesto a aprender?-, preguntó el forni-

do hombre al joven. El joven Eskil miraría con cierta rabia y temor al enorme capitán, contestando.

— Haré lo que sea necesario. Quiero ser fuerte. Quiero vengar a mi familia, quiero vencer al Norte.-

Ulf asintió, viendo el fuego en los ojos del chico, incluso en el único que le quedaba.

— Bien, prepárate, esto no será como pasear al rebaño... Vamos.-

Pasaron meses en los que Eskil entrenó sin descanso. Su cuerpo, aún pequeño y frágil, comenzó a endurecerse con el rigor del entrenamiento. Aprendió a compensar su visión perdida, desarrollando una percepción aguda del entorno y una velocidad sorprendente en el combate. Los entrenamientos no eran solo físicos; Ulf le enseñó tácticas de combate, estrategias de guerra y, sobre todo, cómo mantener la calma bajo presión.

Un día, Ulf consideró que Eskil estaba listo para probarse nuevamente. Se organizó un combate contra otro novato, Lars, un joven que había ingresado al escuadrón poco antes que Eskil. Lars era más grande y fuerte, pero menos ágil y sin la misma determinación que Eskil.

En la arena improvisada, Ulf dio a Eskil la oportunidad de elegir su arma. Nuevamente, Eskil volvería a agarrar una espada demasiado grande para él, sintiéndose más cómodo con esta.



Lars, por su parte, eligió una lanza, confiando en su alcance superior.

El combate comenzó con un intercambio rápido de golpes y maniobras. Lars trató de mantener a Eskil a distancia con su lanza, lanzando estocadas precisas, pero Eskil, ahora más experimentado, esquivó con agilidad, buscando una apertura. La lanza de Lars era peligrosa, pero también limitaba su movilidad en el espacio reducido de la arena.

Eskil se movió con rapidez, aprovechando cada oportunidad para acercarse. Finalmente, logró desviar una estocada de Lars, rompiendo la lanza con un golpe preciso de su espada. Desarmado y sorprendido, Lars intentó defenderse con las manos desnudas, pero Eskil fue implacable. Con una serie de movimientos rápidos, desarmó a su oponente y lo derribó, apuntando la punta de su espada al cuello de Lars.

— Suficiente. Eskil, has ganado de nuevo.-, diría el capitán firmemente.

El campo estalló en aplausos y vítores. Esta vez, Eskil no se arrodilló ni soltó su espada. Miró a Ulf, buscando aprobación.

— Has demostrado que eres más que un simple esclavo. A partir de hoy, eres un soldado del sur.-

Esa noche, mientras el campamento celebraba su victoria, Eskil se sentó solo, reflexionando sobre su viaje. Había recorrido un largo camino desde la noche en que perdió a su familia. Cada

batalla ganada, cada cicatriz, era un paso más hacia su objetivo. Sabía que el camino por delante sería duro, pero estaba decidido a seguir adelante. La memoria de sus padres y la promesa de venganza eran su fuerza motriz.

Con el paso del tiempo, Eskil se convertiría en un guerrero temido y respetado. Ulf lo guiaría, enseñándole no solo a ser un soldado, sino un líder. Eskil juró que un día vengaría a su familia y liberaría a su pueblo del yugo de sus opresores. Y así, el niño esclavo fue creciendo en el campo de batalla, tanto física como mentalmente.

## Capítulo 4 – El Enviudador

Han pasado nueve años desde que Eskil derrotó a Aksel en aquel combate que cambió su destino. Ahora, con catorce años, Eskil se había convertido en un joven guerrero, curtido en la lucha y en la supervivencia. Su cuerpo, aunque aún en desarrollo, mostraba la fuerza y la destreza de un combatiente veterano. Bajo la tutela de Ulf, el severo capitán del escuadrón, Eskil había aprendido no solo a luchar, sino también a liderar y a planear estrategias.

La guerra continuaba sin cesar, no hubo ni un solo descanso durante los siete años que llevaban de guerra, Eskil había decidido usar de arma una enorme espada, casi igual de grande que él, partiendo en pedazos a los pobres bastardos que se cruzaban en su camino.

El crudo invierno estaba por comenzar, el escuadrón llevaba meses transportándose de pueblo en pueblo, llegando a la frontera entre el Norte y el Sur de Sylvaria. Ulf detendría al escuadrón, observándose a la lejanía un río.

— ¿Qué ocurre, capitán?-, preguntaría Eskil, su caballo acercándose al corcel de Ulf, deteniéndose a su lado.

Ulf no contestaría, observando lo que parecía ser una fortaleza en la bifurcación del río.

— Acamparemos aquí. ¡Desmontad!-

La repentina orden de Ulf sorprendería al grupo gratamente, sería la primera parada que hacían en semanas. Pronto, la noche llegaría, siendo el escuadrón iluminado brevemente por las pequeñas fogatas que los mantenían calientes en aquella noche de invierno.

Ulf se encontraría sentado frente a un árbol, observando la fortaleza en la lejanía. Eskil pronto se acercaría a su capitán, con curiosidad que ocultaría con su firme forma de hablar.

— ¿Ocurre algo, capitán?-, preguntaría el joven, sentándose junto a su líder. Ulf dirigiría la mirada a su pupilo, suspirando levemente.

— ¿Ves esa fortaleza de allí, Eskil? Esa es la fortaleza de Skogsholm.-

Eskil inclinaría levemente su cabeza a su capitán, dirigiendo la mirada a la fortaleza iluminada por antorchas.

— Es un punto estratégico, colocado en la frontera del Norte y el Sur de Sylvaria. He mandado un pequeño equipo de reconocimiento y aún no han regresado, probablemente esté tomada por soldados del Norte.-

Este hecho sorprendería al joven Eskil, que dirigiría su mirada a Ulf, con una expresión algo enojada.

— ¿Qué? ¿Y por qué no nos avisaste, capitán? Sabes que los asedios son trabajo mío.-

Ulf observaría al chico, sonriendo levemente.

— Verás, primero debía confirmar el estado de la fortaleza en vez de enviar un equipo de asalto. Ahora que mi teoría se confirma, temo no encontrar una forma de hacer un ataque frontal... Es una fortaleza demasiado pulida.-

El joven Eskil pensaría levemente, notando el congelado río y al otro lado el territorio del Norte. Después de pensar por un tiempo, el guerrero hablaría a su líder.

— Podríamos cortar sus suministros, interceptarlos. Podemos cruzar el río congelado por dónde no se den cuenta, una vez en el otro lado, es tan simple como interceptar sus provisiones.-, Ulf alzaría una ceja al escuchar el consejo del joven guerrero, sorprendido por su estrategia.

— Chico, ya sueñas como un líder de escuadrón. Me gusta como piensas, aunque tomará meses.-

Eskil sonreiría levemente, asintiendo.

— Da igual cuanto tome, si el plan funciona, no solo debilitaremos al enemigo, sino que también nos fortaleceremos con sus suministros.-, Ulf no podría evitar reír de alegría, dándole una palmada en la espalda al joven.

Así, los preparativos comenzarían, aprovechando la oscuridad de la noche y la congelada superficie del río para cruzar al otro lado. Ahora, en territorio del Norte de Sylvaria, el plan se pondría en marcha. Los meses pasarían, meses en los que el gru-

po de mercenarios se encontraría detenido por la falta de información.

— Capitán, traemos información.-, una noche, un grupo de exploración regresaría tras una exhaustiva investigación que duró semanas. Una vez recibieron un buen almuerzo, les sería explicada la situación.

— Escuchen, tenemos información de que un convoy del Norte se dirige a Skogsholm. Lleva suministros vitales, municiones, comida, armas... Si los interceptamos, debilitaremos aún más las defensas de la fortaleza.-

Ulf escucharía atentamente a sus exploradores, a su izquierda, Eskil atendería a sus camaradas, en poco tiempo formando un plan.

Aquella misma noche, cuando la nieve caía fuertemente sobre Sylvaria y el viento silbaba entre los árboles, con tan pesada atmósfera, Eskil reunió a su grupo en el centro del campamento, sus rostros iluminados por la luz trémula de una fogata.

— Bien, escuchen bien pues no me repetiré. Si la información dada es cierta, podríamos determinar la ruta del convoy. El primer grupo irá por el Este, escondido entre los árboles, será mejor que lleven ropajes calientes.-, uno de los mercenarios a las órdenes de Eskil no podría evitar preguntar.

— ¿Cuándo se espera que llegue el convoy?-

— En unas pocas horas, por eso actuaremos rápido, estableceremos una emboscada envolvente en el puente del bosque.-

Los soldados asintieron, preparados para seguir a su joven líder. Se equiparon con sus armas y abrigo pesados, listos para enfrentarse al enemigo en medio del crudo invierno.

La nieve caía intensamente, amortiguando los sonidos del movimiento del escuadrón. Eskil lideró a sus hombres a través del bosque hasta un estrecho puente de madera que cruzaba un río congelado. Los árboles se alzaban como sombras imponentes, y el viento gélido cortaba la piel. Eskil giraría en su caballo, mirando a sus valientes guerreros.

— ¡Aquí es donde haremos nuestra parada! Colóquense en ambos lados del puente y esperen mi señal.-, Los mercenarios se dispersaron rápidamente, ocultándose detrás de los árboles y entre los arbustos cubiertos de nieve. Eskil se agachó detrás de una roca, su respiración formando pequeñas nubes en el aire frío.

Minutos después, se escucharon los lejanos cascos de los caballos y el crujido de las ruedas de los carros. El convoy se acercaba. Un mercenario susurraría a sus aliados.

— Están cerca, puedo escuchar los cascos de los caballos.-, sus compañeros asintieron, haciendo señas a su líder. Eskil asentiría.

Eskil levantó una mano, ordenando a sus hombres que esperaran. El corazón de todos latía con fuerza, pero el entrenamiento y la disciplina los mantenían en silencio y enfocados.

Finalmente, la caravana apareció, avanzando lentamente a través del puente. Los soldados del Norte iban desprevenidos, confiando en que el mal tiempo y la oscuridad los protegerían.

Eskil esperó hasta que el primer carro estuvo en medio del puente antes de dar la señal.

Flechas volaron desde ambos lados, alcanzando a los guardias antes de que pudieran reaccionar. Eskil, con su enorme espada en mano, lideró la carga, moviéndose con agilidad y determinación entre los enemigos.

— ¡Adelante!-, el joven guerrero gritaría. Los soldados del Sur salieron de sus escondites con un rugido, atacando con una precisión letal.

El combate fue breve pero feroz. Eskil se centró en el líder de la caravana, un oficial del Norte que intentaba organizar una defensa. Con un movimiento rápido y preciso, Eskil rebanó la cabeza del oficial, asegurando así la victoria para su grupo.

El puente estaba cubierto de cuerpos y sangre, pero la victoria era clara. Los mercenarios del Sur comenzaron a revisar los carros, encontrando cajas llenas de alimentos, armas y otros suministros cruciales. Una vez comprobado el contenido del convoy, Eskil hablaría a sus hombres



—Recojan lo que puedan y vuelvan al campamento. Necesitamos estos suministros. Si tardamos demasiado, los soldados de la fortaleza podrían darse cuenta.-

Mientras los hombres trabajaban, Eskil observaba con satisfacción. Sabía que cada pequeña victoria acercaba más a su escuadrón a la toma de Skogsholm.

De regreso en el campamento, Ulf esperaba ansioso noticias de la misión. Cuando vio a Eskil liderando a sus hombres cargados con provisiones, una sonrisa de orgullo cruzó su rostro. El enorme hombre caminaría a su aprendiz, poniendo una mano en su hombro.

— Buen trabajo, chico. Esto fortalecerá nuestra posición y debilitará a los defensores de la fortaleza. Sigamos así y Skogsholm será nuestra en poco tiempo.-

Los recursos capturados levantaron la moral del escuadrón, proporcionando alimentos y materiales valiosos que serían cruciales para soportar el largo invierno y mantener el asedio. La emboscada de la caravana fue un golpe significativo para los defensores de Skogsholm, imposibilitándolos aún más y acercando al escuadrón de Ulf a su objetivo final.

Esa noche, mientras los hombres celebraban su éxito alrededor de las fogatas, Eskil se permitió un momento de reflexión en la cima de una pequeña colina él solo. Había demostrado su valía una vez más, pero sabía que aún quedaba mucho por hacer.

La fortaleza de Skogsholm seguía siendo un desafío formidable, y cada victoria debía ser aprovechada al máximo para asegurar el éxito del asedio. En el fondo de su corazón, aún sentía algo de vacío, el cual se llenaba con cada corte de su espada, en la cual encontraba apoyo moral. Entonces, no podría evitar dirigir la mirada a su campamento, notando una pequeña figura alejándose del campamento, el joven no pudo evitar agarrar firmemente su espada, siguiendo a aquella figura sólo.

La figura llevaba un manto oscuro encima, tratando de ocultarse en la noche, pronto una voz le hablaría desde la copa de un árbol.

— ¿Quién eres?-, la figura se detendría en seco, subiendo la mirada, solo para ver como Eskil aterrizaba frente suya. El joven mercenario miraría a la figura, tratando de ver bajo su capucha.

Finalmente, la figura contestaría con una voz baja y asustada.

— Mi nombre... Es Sorine...-, diría la figura, con una voz femenina, lo que pillaría por sorpresa a Eskil, que rápidamente le quitaría la capucha, confirmando sus sospechas, era una chica que parecía tener su edad. Eskil confundido envainaría su espada, suavizando su tono.

— Sorine... ¿Qué haces tú sola en el bosque, saliendo del campamento de unos mercenarios? No es algo planeado para mujeres.-

La chica jugaría levemente con sus dedos, nerviosa, manteniendo silencio. Eskil preguntaría nuevamente, esta vez más serio.

— ¿Cómo entraste al campamento? ¿Eres una espía?-

El término espía haría reaccionar a la joven Sorine, que rápidamente lo negaría.

— ¡N-No! Es solo que... Yo no debería estar aquí, no sé por qué creía que sería buena idea colarse en aquella caravana.-, este último dato finalmente haría comprender a Eskil, su cara cambiando a una expresión de terror y shock.

Eskil miraría a su alrededor, pensando en qué hacer, finalmente chiflaría, poco después se escucharían los cascos de un caballo acercarse, deteniéndose frente a su dueño. La joven dama se sorprendería, acariciando al caballo.

— Vaya, es muy bonito... ¿Cómo se llama?-, Eskil lo acariciaría igualmente, contestando a su pregunta.

— Su nombre es Olaf. Y el mío es Eskil, por cierto.-, el joven mercenario sonreiría a la dama, inclinando levemente su cuerpo en forma de saludo formal. La joven reiría levemente.

— Un gusto, Eskil... ¿Qué ocurre? ¿Por qué llamaste a Olaf?-, el joven mercenario sin contestar, levantaría a Sorine fácilmente, subiéndola a su caballo. La joven se sorprendería enormemente.

— ¡Wow! ¿Qué haces, Eskil?-, Eskil finalmente se alejaría del caballo.

— Te voy a sacar de aquí, Sorine. Cuida bien de Olaf... Volveré a por él.-, tras decir esto, el rostro de Sorine se entristecería, comprendiendo.

— Ya veo... Eskil, gracias.-, la joven dama ofrecería su mano al mercenario, a lo que el chico tomaría su mano, besándola para mostrar su respeto a la señorita.

El joven se dirigiría tras su caballo, preparándose para hacerlo marchar.

La joven miraría a aquel guerrero de su edad, sintiendo un sabor agri dulce en su boca, antes de hablar.

— ¿No vienes conmigo, Eskil?-, cuestionó suavemente. Eskil simplemente se quedó mirando el rostro de Sorine antes de suspirar y apoyarse sobre un árbol, su mano sobre su rostro.

— No es tan fácil... Me necesitan aquí, no me puedo ir... No tengo elección.-

— Todavía puedes elegir.-, respondería Sorine firmemente pero aún con inocencia.

Eskil miraría a Sorine levemente sorprendido por su afirmación, antes de resoplar, fingiendo burla.

— ¿Elegir? No soy hijo de nobles, niña... Soy un soldado, un mercenario... Seguro que oíste hablar de mí alguna vez.-, adelantaría con orgullo.

— Yo soy el Enviudador, el monstruo del Sur.-

— ¿Pero qué te llevó a convertirte en eso? Tendrás una razón supongo.-, cuestionaría Sorine suavemente.

Eskil mantendría silencio de repente, su orgullo y su leve burla desvaneciéndose. El mercenario suspiraría, mirando alrededor y viendo un pequeño claro en el bosque.

— Si tanto deseas hablar, podríamos buscar un lugar apropiado.-, esa pequeña frase traería una sonrisa al rostro de Sorine, que sorpresivamente se bajaría ágilmente del caballo.

Eskil sorprendido soltaría una leve carcajada, caminando junto a ella hacia ese pequeño claro. El joven se quitaría la capa de la armadura, para colocarla en el suelo, antes de sentarse sobre ella.

Sorine se sentaría igualmente, un leve tono rosado sobre sus mejillas debido al frío.

— Así que... Eskil, ¿dime qué te pasó?

— ... Fue hace 9 años... Yo apenas tenía cinco años cuando toda esta locura de guerra comenzó. Yo solía vivir en Rödberg-, Sorine escucharía atentamente a lo Eskil decía, al escuchar el nombre de su pueblo no evitaría interrumpir.

— Oh sí, mi padre me contó que fue de las primeras aldeas en ser arrasadas... Lamento oír tu tragedia.-

Eskil miraría a Sorine en silencio tras la interrupción, asintiendo, agradeciendo sus condolencias.

— Mis padres me obligaron a esconderme bajo los tablones del suelo de mi casa esa noche... Un grupo de hombres llamaron a la puerta y los asesinaron... Intenté acabar con ellos con una pequeña daga que mis padres me dieron, pero terminó siendo inútil así que huí... Fue entonces que Ulf me encontró-, el mercenario de repente se vería dudando si continuar su historia, suspirando.

— Me tomaron de esclavo al inicio, pero después de un estúpido juego en el que quedé tuerto, logré volverme uno de ellos... Así han pasado los años hasta ser quien soy ahora.-

Sorine había escuchado todo de forma tranquila, sonriendo mientras admiraba el rostro de Eskil.

— Ya veo... Supongo que lo justo ahora sería que te cuente... Mi padre se llama Thorgar, es un gran noble del Norte y familia de uno de los reyes. Él es un comandante en esta guerra y estaba en este sitio desde hace unos meses... Cuando me enteré por unas limpiadoras que iban a mandarles comida, vi una oportunidad para venir a visitarlo... No me esperaba acabar atrapada.-, Sorine reiría levemente, sorprendida de su mala suerte. Eskil no podría evitar soltar una pequeña carcajada.

— Sin duda, tu suerte no destaca por ser de las mejores.-, ambos reirían levemente, sus cuerpos acercándose de forma instintiva buscando calor en tal fría noche.

— En fin... Creo que deberías irte, Sorine. Este lugar es peligroso...-, Eskil se levantaría, caminando junto a Sorine hasta el corcel del mercenario. Finalmente Sorine se subiría al caballo.

— Ha sido una buena charla, Eskil del Sur. Desearía que las circunstancias fueran otras.-, diría Sorine de forma suave antes de quitarse uno de sus guantes, ofreciéndole este.

Eskil sonreiría levemente, agarrando el guante y guardándolo.

— Sin duda... Gracias por este pequeño momento de humanidad Sorine... Espero que nos volvamos a ver pronto.-

— Te deseo un brillante futuro y que la paz llegue pronto, guerrero.-

— Qué tengas un buen y seguro viaje, Sorine.-

Finalmente, la joven cabalgaría lejos del lugar, rumbo al Norte con el caballo de Eskil. El joven observaría como su figura desaparecía a la distancia, completamente estático en donde estaba.

Volviendo al campamento, la celebración continuaba, sin embargo, le quedaba poco, pues unos centinelas de Ulf llegarían al centro del campamento, trayendo a un hombre arrastrado.

— ¿Qué tenemos aquí?-, preguntaría el capitán, con una jarra de cerveza en su mano. Un centinela soltaría fuertemente en el suelo al hombre.

— Un espía. Lo vimos merodeando cerca de nuestros suministros, intentaba mezclarse entre nosotros.-

El espía, un hombre de mediana edad con el rostro endurecido por las inclemencias del invierno, miraba a su alrededor con desdén, consciente de su captura. Ulf observaría de cerca al espía, para seguidamente mirar como Eskil regresaba de su pequeña reflexión y encontronazo.

— Eskil, este es tu campo. Descubre qué sabe este espía.-

Eskil observaría la situación, comprendiendo rápidamente y tratando de olvidar lo ocurrido con Sorine, el joven asentaría, tomando al prisionero por el brazo y llevándolo a una tienda aparta-



da. El joven guerrero había aprendido que la información podía ser tan poderosa como la fuerza bruta, y ahora tenía la oportunidad de demostrarlo.

Dentro de la tienda, con una única antorcha iluminando el espacio, Eskil comenzó su interrogatorio. El espía estaba atado a una silla, su mirada desafiante.

— Habla. ¿Qué planea tu gente?-

El espía soltó una risa seca, mostrando una valentía desesperada.

— No te diré nada, chico. No tienes ni idea con quién te estás metiendo.-

Eskil, sin inmutarse, se acercó lentamente, su gran espada sobresaliendo por detrás de su espalda como un recordatorio silencioso de su destreza.

— Tal vez no. Pero sé cómo hacer que hables.-

Comenzó con tácticas de intimidación, moviéndose alrededor del espía, golpeando la mesa con la empuñadura de su espada para crear un eco inquietante. Sin embargo, el espía se mantenía firme, negándose a ceder. Eskil cambió entonces de estrategia, decidido a obtener la información por cualquier medio necesario.

— Sabes que, si no hablas, no será solo tu vida la que se perderá. Tus compañeros en la fortaleza están en una situación desesperada. Tal vez no les importes, pero a mí me importan los hombres bajo mi mando.-

El espía empezó a mostrar signos de debilidad. Eskil decidió presionar más, utilizando una mezcla de lógica y astucia.

— Dime lo que sabes, y quizás pueda ofrecerte un trato. No tienes por qué morir aquí, congelado y olvidado. Puedo hacer que esta guerra termine más rápido, y con menos derramamiento de sangre.-

El espía permanecía en silencio, sus ojos llenos de desafío. Eskil suspiró, desenfundando lentamente su espada y colocando la hoja sobre la mesa.

— Te lo advertí.-

Con un movimiento rápido y preciso, Eskil cortó uno de los dedos del espía. El hombre gritó de dolor, la sangre brotando de la herida. Eskil, imperturbable, levantó la espada nuevamente, colocando la hoja junto al siguiente dedo.

— Habla, o iré uno a uno.-

El espía, con el rostro pálido por el dolor y el shock, finalmente cedió ante la presión y la amenaza de Eskil. Con la voz temblando y entrecortada, comenzó a hablar.

— ¡Está bien! ¡Está bien! Te diré lo que quieras saber. Los defensores de Skogsholm... Planean un contraataque desesperado.-

Eskil, manteniendo la espada cerca del siguiente dedo del espía, hizo un gesto para que continuara.

— Sigue hablando. ¿Cuándo y por dónde piensan atacar?-

El espía tragó saliva y prosiguió, sus palabras saliendo rápidamente ahora que había comenzado.

— Planean atacar por el flanco este. Han estado acumulando fuerzas en secreto y esperan romper el cerco que ustedes han establecido. La idea es abrir una brecha y reabastecer la fortaleza.-, Eskil asintió, pero sabía que eso no era todo. Había algo más detrás de esta ofensiva.

— ¿Por qué ahora? ¿Qué los ha llevado a este punto de desesperación?-, el espía cerró los ojos por un momento, como si tratara de reunir el valor para responder.

— Es por el convoy... El que ustedes interceptaron hace poco. Esa caravana llevaba provisiones vitales el comandante enloqueció.-

Eskil frunció el ceño, comprendiendo ahora la magnitud de la situación. La interceptación de la caravana había sido un golpe maestro, pero también había desatado una furia implacable en el enemigo.

— ¿Cuándo planean el ataque?-, el espía respiró hondo, con un rastro de desesperación en su mirada.

— Esta noche, cuando el viento sople más fuerte y la nieve dificulte la visión. Esperan que la tormenta cubra sus movimientos.-, Eskil se levantó, con una expresión de determinación en su

rostro. Guardó su espada y miró al espía con una mezcla de desprecio y compasión.

— Gracias por la información. Tu vida se salvará, por ahora.-

Llevó el informe a Ulf, quien lo recibió con una mezcla de orgullo y determinación. La información obtenida por Eskil era vital y debía ser utilizada de inmediato. Eskil le hablaría a Ulf.

— Capitán, debemos mover nuestras posiciones. Ellos piensan atacar por el flanco este esta noche, aprovechando la tormenta.-, Ulf asintió, reconociendo la importancia de la información. El capitán se subiría a un tronco, mirando a sus mercenarios.

— ¡Hombres, preparad las defensas en el flanco este! Nos espera una noche larga.-

Cuando llegó el momento del ataque del Norte, los guerreros de Ulf estaban listos. La tormenta de nieve dificultaba la visibilidad, pero las fuerzas del Sur habían reforzado sus posiciones de acuerdo con la información del espía. El combate fue feroz, pero breve. Los defensores de Skogsholm, esperando encontrar una

brecha en el cerco, se toparon con una defensa bien organizada y preparada.

La emboscada fue un éxito rotundo. La furia y la desesperación del comandante de Skogsholm no pudieron contra la astucia y preparación de Eskil y su escuadrón. Al amanecer, la nieve esta-

ba manchada de sangre, pero la línea de defensa se mantenía intacta.

Después del enfrentamiento, Ulf se acercó a Eskil, colocando una mano en su hombro.

— ¡Buen trabajo, Eskil! Gracias a ti, hemos evitado una catástrofe. Has demostrado ser un verdadero líder.-

Eskil asintió, sabiendo que su habilidad para obtener y utilizar información había salvado muchas vidas. La captura y el interrogatorio del espía habían sido un golpe maestro, y el joven guerrero demostró una vez más que su lugar en el escuadrón no era solo por su fuerza, sino también por su inteligencia y liderazgo.

## Capítulo 5 – El asedio

El crudo invierno se cernía sobre el campamento del Sur. Habían pasado algunos meses desde que comenzaron a cortar los suministros a la fortaleza de Skogsholm. La tensión y el cansancio se hacían palpables en el ambiente. A medida que las semanas se convertían en meses, las dificultades aumentaban y la moral del campamento empezaba a flaquear.

En una noche particularmente fría, mientras los soldados intentaban calentarse alrededor de pequeñas fogatas, un murmullo de descontento comenzó a resonar entre las filas.

— No puedo creer que sigamos aquí, congelándonos, mientras nuestros líderes se esconden en sus tiendas calientes.-

— ¿Y todo por qué? ¿Para seguir las órdenes de un niño esclavo? Esto es ridículo.-

Las palabras de los soldados rebeldes encontraron oídos receptivos. La frustración y la desesperación eran terreno fértil para el descontento. Sin embargo, no todos compartían esa opinión.

— Eskil ha demostrado su valía una y otra vez. Sin su liderazgo, estaríamos muertos o capturados por el enemigo.-, pero los rebeldes no se dejaban convencer fácilmente.

— ¿Y qué hay de Ulf? Se supone que es nuestro capitán, pero parece que ahora el verdadero líder es ese niño. ¡Es una burla!

La discusión se tornó más acalorada, y pronto se empezaron a planear acciones más drásticas. Un grupo de soldados descontentos decidió que ya era suficiente. Comenzaron a conspirar para derrocar a Ulf y tomar el control del campamento. Uno de los rebeldes, más impulsivo que el resto, sugirió eliminar a Eskil de la ecuación.

— Si queremos que esto funcione, debemos deshacernos de ese niño. Es él quien mantiene el control.-

Mientras tanto, en otra parte del campamento, Eskil, siempre atento a los cambios de ánimo y susurros entre los soldados, comenzó a sospechar que algo estaba ocurriendo. Con la ayuda de algunos leales, logró infiltrarse en la reunión de los conspiradores y escuchar sus planes.

La noche era oscura y fría. Eskil, acompañado de dos de sus hombres de confianza, Halvard y Leif, se movía sigilosamente entre las tiendas del campamento. Los conspiradores se habían reunido en una tienda apartada, creyendo que la oscuridad y el ruido del viento los protegerían de oídos indiscretos. Halvard susurraría a Eskil, deteniéndose frente a una tienda.

— Eskil, están dentro. Puedo oír a Ulfson hablando.-, Eskil y Leif se detendrían, asintiendo. Eskil hablaría.

— Bien, mantén la guardia. No queremos sorpresas.-

Con cuidado, Eskil se acercó a la tienda, levantando apenas un borde para escuchar mejor. Así era, la voz de Ulfson, un mercenario veterano se escuchaba dentro.

— No podemos seguir así. Si no rompemos el cerco pronto, moriremos de hambre o congelados. Necesitamos abrir una brecha y enviar una señal a nuestras fuerzas en el Norte.-

— Pero, ¿cómo? Están siempre un paso adelante. Han cortado todas nuestras rutas.-, Ulfson, con un tono enojado y desafiante hablaría nuevamente.

— Hay un traidor entre ellos. Alguien que nos dio información errónea, pero podemos usarlo a nuestro favor. Planeemos una distracción y escapemos con suministros.-

Eskil se retiró unos pasos, indicando a Halvard y Leif que lo siguieran. Se reunieron a una distancia segura para discutir lo escuchado. Una vez a una buena distancia, Eskil habló.

— Van a intentar una distracción para romper el cerco de nuestro campamento desde dentro. Necesitamos adelantarnos y preparar una trampa.-, Leif levantaría una ceja.

— ¿Qué sugieres, Eskil?-, Eskil pensaría un segundo, para finalmente contestar.

— Alertaremos a Ulf y organizaremos una emboscada. Dejen que crean que su plan está funcionando, y cuando estén en el punto de no retorno, los atraparemos.-



La situación llegó a un punto crítico una noche, cuando los rebeldes decidieron actuar. Eskil, informado de sus movimientos, reunió a sus aliados más cercanos y se preparó para enfrentar el desafío. Los conspiradores se movieron bajo la cobertura de la oscuridad, esperando tomar a Ulf y a Eskil por sorpresa.

Pero Eskil estaba listo. Con un gesto silencioso, él y sus leales interceptaron a los rebeldes en un claro del bosque, lejos del campamento principal. La confrontación fue tensa. Eskil dirigía la palabra al grupo.

— Así que aquí estamos. Pensé que podríamos resolver esto de otra manera, pero parece que no hay opción.-

Ulfson, el líder de los rebeldes, un hombre corpulento y con cicatrices de batallas pasadas, dio un paso al frente.

— ¡Esto se acaba aquí, niño! No seguiré a un esclavo ni un día más.-, Eskil desenfundó su espada, la misma enorme espada que había elegido siete años atrás y que ahora manejaba con maestría, sonriendo levemente.

— La única manera de detenerme es matándome. Y no soy tan fácil de derribar.-

La lucha fue breve pero intensa. Eskil, con la ayuda de sus leales, logró sofocar la rebelión. Pero decidió que necesitaba hacer un ejemplo para evitar futuras traiciones. Tomó a Ulfson, que ya estaba herido en el suelo, y se acercó a él.

— Si quieres vivir, hablarás.-

El líder rebelde, jadeando y con sangre en la boca, no respondió. Eskil levantó su espada y, sin vacilar, cortó uno de los dedos del hombre.

— Eso fue solo el comienzo. Tengo otros nueve intentos para hacerte hablar.-

El grito de dolor resonó en la noche, y finalmente, el rebelde cedió.

— ¡Está bien! ¡Está bien! ¡Hablaré! No soportamos más estar aquí. Nos dijiste que interceptaríamos una caravana de suministros, pero no nos dijiste que capturaríamos a alguien importante. ¡Los hombres del Norte vendrán por nosotros! ¡Nos están cazando!-, Eskil frunció el ceño, la gravedad de la situación se hacía evidente. Había más en juego de lo que había imaginado. Leif finalmente haría la pregunta.

— ¿Quién era tan importante en esa caravana?-

— La hija del comandante de Skogsholm, Sorine. Estaba viajando de incógnito. Cuando se enteraron de su captura, el comandante enloqueció. Nos ha estado buscando desde entonces.-

Eskil soltó al hombre, con la mente trabajando rápidamente para procesar esta información. Sabía que debían estar preparados para un ataque inminente.

Volvió al campamento y convocó a una reunión de emergencia con Ulf y los otros líderes.

— Tenemos que prepararnos para un ataque. El enemigo está desesperado y vendrá por nosotros. No es solo por los suministros, es por venganza.-, Ulf no podría evitar levantar una ceja, mirando a Eskil.

— Chico, será mejor que nos digas exactamente lo que ocurre.-, Eskil cogería aire, pensando bien lo que iba a decir, hasta que finalmente hablaría.

— En el convoy que detuvimos hace unos meses, estaba escondida la hija del general que se encuentra en Skogsholm. Según parece, la realeza del Norte nos quiere muertos debido a que el general es noble y todo eso.-

Ulf, reconociendo la seriedad de la situación, asintió.

— Preparen las defensas. Esta noche, no dormiremos.-

Ulf se dirigió al campamento con una voz autoritaria y clara, la cual resonaba entre las tropas que ya comenzaban a movilizarse. Los hombres se apresuraban a reforzar las barricadas y a afilar sus armas. El frío de la noche se hacía más intenso, y la tensión en el aire era palpable.

Con las defensas preparadas y los hombres en sus puestos, el campamento del Sur se encontraba en alerta máxima. Eskil y Ulf sabían que la llegada del enemigo era inminente, y que esta vez no se trataba solo de un ataque para recuperar suministros, sino de una misión de venganza. Los líderes se movieron entre las

filas, inspeccionando las posiciones y asegurándose de que todos estuvieran listos para la batalla.

La nieve continuaba cayendo, cubriendo el terreno en un manto blanco que amortiguaba los sonidos. El silencio era interrumpido únicamente por el crujido de las botas sobre la nieve y el susurro del viento. Eskil, con la espada en mano, recorría las defensas, ofreciendo palabras de aliento a los hombres y asegurándose de que estuvieran preparados para lo que se avecinaba. En su mente, las palabras del espía y la traición de Ulfson resonaban con fuerza, sabiendo que cada acción y decisión era crucial para la supervivencia del campamento.

De repente, un centinela en la torre de vigilancia gritó:

— ¡Se acercan! ¡Enemigos al este!-, La alerta se extendió rápidamente, y los hombres se prepararon para la batalla. Los mercenarios del Norte avanzaban sigilosamente, intentando usar la tormenta de nieve como cobertura. Sin embargo, la preparación de Eskil y Ulf había dado sus frutos.

El combate se inició con una lluvia de flechas desde ambos bandos. Los defensores del Sur respondieron con precisión, aprovechando la ventaja de su posición elevada y la preparación previa. La batalla se desató en toda su intensidad, con el sonido de las espadas chocando y los gritos de los hombres resonando en la fría noche. Eskil lideró a sus hombres con una valentía y determi-

nación inquebrantables, moviéndose con agilidad entre los enemigos y coordinando los ataques con precisión.

A medida que la batalla avanzaba, Eskil observó un grupo de soldados del Norte intentando flanquear sus posiciones. Reconociendo el peligro, ordenó a Leif y Halvard que reforzaran el flanco derecho, mientras él se dirigía directamente a interceptar al líder enemigo, un comandante de aspecto feroz con una armadura imponente. Eskil sabía que eliminar al líder del enemigo podría desmoralizar a sus tropas y darles una ventaja decisiva.

El enfrentamiento entre Eskil y el comandante enemigo fue intenso y brutal. Ambos guerreros demostraron su destreza y habilidad en combate, cada golpe y bloqueo siendo un testimonio de su experiencia. Finalmente, con un movimiento rápido y preciso, Eskil logró desarmar al comandante y, con un golpe letal, lo derribó. La muerte del líder enemigo causó un momento de desconcierto entre las filas del Norte, y los defensores del Sur aprovecharon la oportunidad para lanzar un contraataque feroz.

La batalla, aunque intensa, fue relativamente breve. La preparación y el liderazgo de Eskil y Ulf habían marcado la diferencia, y los defensores del Sur lograron repeler el ataque enemigo. Cuando los primeros rayos del sol comenzaron a iluminar el campamento, la nieve estaba manchada de sangre, y los cuerpos de los caídos se dispersaban por el campo de batalla. Los hombres

del Sur, aunque agotados, celebraban su victoria con gritos de júbilo y alivio.

Eskil, cubierto de sudor y sangre, observaba el campo de batalla con una mezcla de satisfacción y agotamiento. Sabía que la victoria era solo un paso más hacia la toma de Skogsholm, pero también era consciente de que cada batalla cobraba un alto precio. Ulf se acercó a él, colocando una mano en su hombro.

— Lo hiciste bien, Eskil. Sin tu liderazgo, habríamos caído esta noche-, dijo Ulf con un tono de respeto y reconocimiento.

— Esto es solo el comienzo, capitán. La fortaleza de Skogsholm aún nos espera, y debemos estar preparados para lo que venga-, respondió Eskil, mirando hacia el horizonte con determinación.

Con la moral elevada por la reciente victoria, los mercenarios del Sur comenzaron los preparativos finales para el asedio a Skogsholm. La fortaleza, imponente y casi inexpugnable, se alzaba en la distancia, rodeada por murallas altas y protegida por defensores experimentados. Sin embargo, Eskil y Ulf sabían que el momento era propicio para lanzar el asalto decisivo.

La estrategia de ataque se discutió en una reunión de líderes en el campamento. Eskil, Ulf y otros comandantes analizaron mapas y discutieron las mejores tácticas para romper las defensas de la fortaleza. Sabían que un asedio directo sería costoso y peli-

groso, por lo que decidieron combinar un asalto frontal con un ataque sorpresa desde dentro.

—Eskil, ¿crees que realmente podemos infiltrarnos sin ser detectados?-, preguntó Ulf, con una expresión de preocupación.

— Confío en mis hombres y en la información que hemos obtenido-, respondió Eskil con determinación.

— Si logramos abrir las puertas, el resto de nuestras fuerzas podrán entrar y tomarlos por sorpresa.-

Ulf asintió, aunque con una leve duda en sus ojos.

— Está bien. Te asignaré a los mejores hombres para la misión. No podemos fallar esta vez.-

La noche del ataque, Eskil se reunió con sus más fieles compañeros, Leif y Halvard, para discutir el plan una última vez. Se sentaron alrededor de una fogata, con la luz del fuego proyectando sombras danzantes en sus rostros. La camaradería entre ellos era evidente, fruto de años de batallas compartidas y lealtad inquebrantable.

— ¿Listos para esto, amigos?-, preguntó Eskil, mirando a sus compañeros con una mezcla de seriedad y confianza.

Leif, siempre el optimista del grupo, sonrió y asintió.

— Claro que sí, Eskil. Hemos pasado por situaciones peores. Además, confío en ti y en nuestro equipo.-

Halvard, más taciturno pero igualmente leal, asintió lentamente.

— Sabemos lo que está en juego. Y sabemos que no podemos fallar, Skogsholm es la clave para asegurar nuestra posición en el Norte.-, dijo con su voz grave.

Eskil asintió, sintiendo el peso de la responsabilidad, pero también la fuerza que sus amigos le transmitían.

— El plan es simple pero arriesgado-, comenzó Eskil.

— Nos infiltraremos en la fortaleza y abriremos las puertas desde dentro. Eso permitirá que Ulf y el resto de nuestras fuerzas lancen el ataque frontal y tomen Skogsholm por sorpresa.-

Leif frunció el ceño, preocupado por los detalles.

— ¿Y si nos descubren antes de abrir las puertas?-, preguntó, siempre atento a los posibles riesgos.

Eskil sonrió, apreciando la cautela de su amigo.

— Confío en que no lo harán. Nos movemos rápido y en silencio. Una vez dentro, Halvard y yo nos encargaremos de los guardias mientras tú trabajas en abrir las puertas. Sabemos lo que estamos haciendo.-

Halvard tomó la palabra, mirando a Eskil con una expresión de respeto y lealtad.

— Eskil, pase lo que pase, lucharemos hasta el final. Estamos contigo.-



Eskil sintió una oleada de gratitud hacia sus amigos. Sabía que no podía haber pedido compañeros más leales ni valientes.

— Lo sé, Halvard. Y eso es lo que me da fuerzas. Hemos llegado hasta aquí juntos y juntos lo lograremos. Skogsholm será nuestra.-

Leif levantó su copa, un gesto de camaradería y determinación.

— Por Skogsholm y por nuestro futuro-, dijo con una sonrisa.

— Por Skogsholm-, respondieron Eskil y Halvard al unísono, levantando también sus copas.

La noche del ataque, Eskil lideró a su grupo de infiltración, moviéndose sigilosamente a través del bosque y acercándose a las murallas de Skogsholm. Utilizando cuerdas y ganchos, el grupo escaló las paredes de la fortaleza con cuidado, evitando a los centinelas y moviéndose en silencio. La tensión era palpable, pero la determinación de los hombres los impulsaba hacia adelante.

— Recuerden, en cuanto abramos las puertas, Ulf y el resto estarán listos para atacar-, susurró Eskil a su equipo mientras se movían por los oscuros pasillos de la fortaleza.

Dentro de la fortaleza, Eskil y su grupo se movieron con rapidez, eliminando a los guardias desprevenidos y abriendo las puertas principales. Mientras tanto, Ulf lideró el ataque frontal, lanzando una ofensiva feroz contra las murallas. Los defensores

de Skogsholm, sorprendidos por el ataque desde dentro y la fuerza del asalto exterior, se encontraron en desventaja.

El combate dentro de la fortaleza fue intenso y caótico. Los mercenarios del Sur se enfrentaron a los defensores con una mezcla de habilidad y ferocidad. La batalla se desató con una violencia inusitada, y las bajas fueron numerosas en ambos bandos. La sangre manchaba la nieve mientras los gritos de los heridos y moribundos resonaban en los pasillos y patios de la fortaleza.

A medida que la batalla avanzaba, Eskil se encontró cara a cara con el comandante del Norte, un hombre enorme con una armadura pesada hecha de lo que parecían ser escamas de dragón. Su tamaño y fuerza no parecían humanos, más bien un monstruo surgido de antiguas leyendas. El comandante blandía un enorme martillo de guerra, su mirada era fría y despiadada.

— Bonito juguete vejestorio.-

El enorme guerrero alzaría la mirada, sus ojos parecían estar vendados, algo extraño.

— Finalmente, el famoso enviudador-, rugió el comandante con una voz profunda y amenazante.

— Sí, sí, esta es la parte donde te corto la cabeza-, diría el joven guerrero con un tono burlón, ocultando lo que parecía ser miedo.

— Veremos si tus habilidades están a la altura de tu reputación, chico.-

El enfrentamiento entre Eskil y el comandante del Norte fue titánico. Ambos guerreros se enfrentaron en un duelo a muerte, cada golpe resonando con una fuerza brutal. Eskil, ágil y hábil, trataba de esquivar los ataques devastadores del comandante, buscando una apertura para atacar. Sin embargo, la fuerza sobrehumana del comandante lo hacía casi invulnerable.

El combate alcanzó su clímax cuando el comandante, usando su enorme martillo, golpeó a Eskil con tal fuerza que lo lanzó contra un muro, rompiéndolo en el impacto. Eskil quedó aturdido, con el aire expulsado de sus pulmones y la vista nublada.

— ¿Esto es todo lo que tienes? Es decepcionante, niño... Ahora, ¿dónde esta?-

Eskil alzaría la mirada, sangre saliendo de sus labios.

— No sé de qué me hablas...-

El enorme comandante se acercaría al acorralado Eskil, apoyando su enorme martillo en el suelo de la sala.

— No sabes con quién te metes... Mi nombre es Thorgar, comandante del quinto batallón de la verdadera Sylvaria-, diría el hombre, con un tono seguro, obviamente orgulloso de su título.

— ¿Se supone que debería sonarme?-, diría el joven guerrero con un tono de burla.

— Me aseguraré que tus últimas palabras queden grabadas en tu tumba-, seguidamente, el imponente Thorgar alzaría su martillo, preparándose para la ejecución del joven Eskil.

— ¡Eskil!-, gritó Leif, quien había estado luchando cerca. Sin pensarlo dos veces, saltó a proteger a Eskil, bloqueando el martillo de Thorgar con valentía.

— Interesante-, diría Thorgar, sorprendido por la determinación de un simple mercenario.

— ¡Leif, no!-, trató de advertir Eskil, pero era demasiado tarde, su compañero se había lanzado al ataque.

— Yo te cubro la espalda y tú me la cubres a mi, ¿recuerdas?-, diría Leif con una sonrisa.

Leif luchó con fiereza, tratando de ganar tiempo para que Eskil recuperara la fuerza. Pero el poder del comandante era abrumador. Con un golpe devastador, el martillo del comandante cayó sobre Leif, derribándolo y dejándolo sin vida.

— ¡Leif!-

Gritó Eskil, sintiendo una oleada de furia y dolor. Con renovada energía, se levantó y se lanzó de nuevo al combate.

La lucha final entre Eskil y el comandante fue larga y sangrienta. Cada golpe, cada movimiento, estaba cargado de una furia implacable. Finalmente, Eskil encontró una apertura y, con un golpe preciso y poderoso, logró atravesar la armadura del comandante, derribándolo y asegurando así la toma de Skogsholm.

Con la caída del comandante, los defensores de Skogsholm se rindieron. Los mercenarios del Sur tomaron el control de la fortaleza, celebrando su victoria con gritos de júbilo y alivio. Eskil,

agotado pero victorioso, se permitió un momento de descanso, sabiendo que su liderazgo y valentía habían sido cruciales para el éxito de la misión. Pero la pérdida de Leif pesaba en su corazón, un recordatorio del alto costo de la guerra.

Ulf se acercó a él, colocando una mano en su hombro y hablando con una mezcla de orgullo y gratitud.

— Lo hiciste, Eskil. Skogsholm es nuestra. Has demostrado ser un verdadero líder y guerrero-, Eskil asintió, sintiendo una mezcla de satisfacción y responsabilidad, pero mostrando un rostro inexpresivo.

El anciano líder se quedaría mirando al joven guerrero al que la guerra y el sufrimiento había criado, el esclavo que se ganó su libertad a costa de su inocencia.

— ¿Estás bien, chico?-

Eskil mantuvo silencio y la mirada baja, con una sensación de pesadez. Finalmente se levantó, envainando su arma.

— No es nada, capitán. Gracias por el cumplido. Pero... Leif falleció-, Ulf mantuvo silencio ante la revelación, quitando su mano del hombro del joven.

— Lamento oír eso, chico. Pero su muerte no fue en vano. Skogsholm es nuestro gracias a él y a todos los que dieron su vida hoy.-

Eskil asintió lentamente, el dolor en su pecho intensificándose.

— Sé que tienes razón. Leif siempre supo los riesgos. Pero... era mi amigo. Era como un hermano para mí.-, Ulf suspiró y miró a su alrededor, observando a los hombres celebrando y recogiendo a los caídos.

— La guerra nos quita a muchos buenos amigos, Eskil. Pero también nos une con aquellos que sobreviven. Honraremos a Leif y a todos los que hemos perdido. Y debemos seguir adelante, por ellos.-

Eskil levantó la vista, encontrando la mirada de Ulf. En los ojos del capitán, vio el mismo dolor, pero también una determinación férrea. Sabía que Ulf había perdido a muchos amigos a lo largo de los años y, aun así, seguía adelante.

— Tienes razón,— dijo Eskil, su voz firme pero teñida de tristeza. —Debemos seguir adelante. Por Leif, por todos.-

Ulf asintió, con un gesto de aprobación.

— Descansa un poco, chaval. Te lo has ganado. Mañana comenzamos a fortificar nuestra posición aquí. Habrá más batallas por venir, pero por hoy, hemos ganado.-, Ulf sonrió levemente, dirigiéndose con una sonrisa junto al resto de mercenarios en la celebración.

Eskil se alejó de la multitud, buscando un rincón solitario dentro de la fortaleza tomada. El eco de los gritos de júbilo se perdía con la distancia, hasta que solo quedó el sonido del viento

frío y el crepitar lejano de las hogueras. Se dejó caer sobre una roca, apoyando su peso en su gran espada clavada en el suelo.

Su mirada se alzó al cielo nocturno, pero en su mente solo había imágenes de muerte. Leif cayendo bajo el martillo del monstruoso Thorgar. Los gritos de los que quedaron atrás en la batalla. Y, como un recuerdo enterrado en lo más profundo de su ser, la imagen de su aldea en llamas.

Había pasado tanto tiempo desde aquel día, pero aún podía escuchar los gritos de su madre. Sentir la sangre caliente salpicando su rostro. Oler la madera y la carne quemadas. Los mismos hombres que hoy lo llamaban hermano habían sido los que, con espadas en mano, redujeron su hogar a cenizas. Los mismos que mataron a su familia.

Cerró los ojos, sintiendo una punzada de náusea.

“¿Para qué seguimos peleando?”

Abrió la mano, viendo su palma ensangrentada. ¿Cuánto más tenía que sacrificar? ¿Cuánto más debía soportar hasta que todo esto terminara?

Su mente divagó hasta otro pensamiento, uno que lo había atormentado en silencio.

Sorine.

Recordó la forma en la que la luz de la luna iluminaba su cabello, la dulzura de su voz cuando habló con él. Era del otro bando, lo sabía bien, pero cuando estaba a su lado, la guerra pa-

recía lejana, como si por un instante el mundo pudiera ser algo más que muerte y traición.

Pero eso era una fantasía. Si alguien descubriría lo que sentía por ella, si alguien siquiera sospechaba...

Se estremeció. No podía quedarse atrapado en ese pensamiento. No podía permitirse soñar con un futuro que jamás llegaría.

O...

Su respiración se volvió más pesada.

"¿Y si sí?"

La idea era una locura. Una blasfemia. Una traición.

Pero por primera vez, en lo más profundo de su corazón, Eskil se preguntó si realmente quería seguir siendo un soldado en esta guerra, una máquina de matar... El enviudador.

Un sonido de pasos lo sacó de sus pensamientos.

Halvard apareció en la penumbra, deteniéndose al ver la expresión perdida de Eskil.



— Ah, lo sabía. Estás aquí.-, Eskil no respondió. Solo bajó la vista a su espada, con los nudillos blancos de tanto apretar el mango.

Halvard suspiró, avanzando hasta sentarse a su lado.

— Leif era un buen hombre,— dijo con voz grave. — Era como un hermano para todos nosotros.

Eskil asintió, pero su mirada seguía vacía.

— Sí... lo era.-, Halvard lo observó en silencio. Finalmente, tras un momento, apoyó una mano en su hombro.

— Escucha, Eskil. Sé que estás cansado. Todos lo estamos. Pero su muerte no puede ser en vano. No podemos darnos el lujo de cuestionar el camino que tomamos. No ahora.-

Eskil dejó escapar una risa seca, sin humor.

— ¿Y si ese es el problema? ¿Y si simplemente seguimos caminando por el mismo sendero sin preguntarnos adónde nos lleva?-

Halvard lo miró con el ceño fruncido.

— ¿De qué hablas?-

Eskil tragó saliva. No podía decirlo. No podía compartir lo que realmente pasaba por su mente. Sacudió la cabeza.

— Nada... Solo hablo por hablar.-, Halvard no parecía convencido, pero no presionó.

— Descansa, Eskill. Mañana tendremos mucho que discutir-,  
Eskill solo asintió, viendo cómo su amigo se alejaba.

Cuando se quedó solo de nuevo, su mente volvió a esa idea  
peligrosa.

“¿Y si...”

No.

No era el momento.

Pero la semilla de la duda ya estaba plantada.

## Capítulo 6 – El precio de la Paz

*“Las guerras más crueles no son las que libramos contra otros hombres, sino las que peleamos dentro de nosotros mismos. Porque en ellas, no hay victoria sin pérdida, ni triunfo sin cicatrices.”*

Un joven niño caminaría lentamente entre las casas de una aldea. Eskil, rejuvenecido, camina por su aldea, pero algo no está bien. El pueblo está exactamente como lo recuerda en su niñez: las casas de madera, el olor del pan recién horneado, el río cristalino donde solía jugar. Pero hay algo en el aire... Algo que le eriza la piel.

— ¡Eskil!-, llamó una voz femenina, llena de calidez.

— ¡Vamos, hijo, es hora de volver!-, siguió otra voz, grave, firme, pero amorosa.

Sus piernas se movieron solas. No con la urgencia de un guerrero, sino con la torpeza de un niño que regresa a casa tras un largo día de juegos. No pensó en las cicatrices de su cuerpo, pues ya no estaban, como si el tiempo hubiera vuelto atrás, como si siguiera en casa. Solo siguió esas voces.

Cuando se acerca a la plaza, los rostros de su gente se vuelven borrosos. Luego, de pronto, están cubiertos de sangre. Ve los cuerpos de sus padres, de sus vecinos, de los niños con los que jugaba... y entre ellos, a él mismo, de pie, con una espada en la mano, con el rostro frío e inhumano.

Entonces, otra voz lo llama.

— Eskil.-

Se gira y ahí está Leif, con una herida abierta en el pecho, observándolo con decepción.

— ¿Por qué sigues peleando?-, le pregunta su amigo con la voz apagada.

Eskil intenta responder, pero otra voz responde en su lugar.

— Porque no hay otra opción.-

El joven miraría a su lado, siendo sorprendido por lo que parecía ser un reflejo suyo... Uno vestido con su armadura actual, el Enviudador, el soldado sin piedad.

El niño cae de rodillas, temblando, llorando, pero el Enviudador solo observa.

— ¡Y-Yo...! ¡No...!-

Entonces, una suave brisa acariciaría su rostro. El joven alzaría la mirada, sintiendo como sus lágrimas desaparecen. Sorine, vestida de blanco, extiende su mano hacia él.

— Todavía puedes elegir...-

Eskil siente que su cuerpo es jalado en dos direcciones. Una parte de él quiere ir con ella. La otra... La otra sigue sosteniendo su espada.

De pronto, su visión estalla en llamas.

Eskil despierta, jadeando, con las manos aferradas a su arma como si la estuviera usando para matar. La brisa nocturna era fría en Skogsholm, pero Eskil despertó empapado en sudor. Su respiración era errática, sus manos estaban crispadas alrededor de su arma. Durante un instante, el fuego del sueño aún ardía en su mente, el eco de las voces de su infancia todavía vibraba en sus oídos.

Sus ojos recorrieron la habitación, tratando de anclar su mente en la realidad. Estaba en una de las salas de la fortaleza conquistada, rodeado de piedra oscura y el lejano murmullo de los hombres celebrando la victoria. Afuera, entre los cuerpos esparci-

dos en el patio, el viento ululaba suavemente, como si también murmurara su nombre.

Eskil cerró los ojos y exhaló. La guerra ha terminado, se dijo a sí mismo. Pero el peso en su pecho le dijo otra cosa.

No. Solo ha cambiado de forma.

Se pasó una mano por el rostro y se enderezó, apoyándose en su gran espada como si fuera un viejo cansado. Su mirada cayó sobre sus propias manos: firmes, curtidas, aún con rastros de sangre seca bajo las uñas. No eran las manos de un campesino, sino de un hombre que había empuñado la muerte una y otra vez.

"Todavía puedes elegir."

El eco de la voz de Sorine vibró en su mente.

Eskil apretó los dientes.

¿Elegir qué?

¿Renunciar ahora, cuando la guerra aún no había terminado?

¿Huir, cuando había jurado acabar con esto?

Pero si seguía avanzando... ¿Hasta dónde llegaría?

¿Hasta qué punto seguiría perdiéndose a sí mismo?

El murmullo de las celebraciones en la fortaleza le resultaba distante. Podía escuchar risas, cánticos, el chocar de copas, pero para él todo sonaba hueco. Leif no estaba. Leif nunca volvería a estar.

Un golpe suave en la puerta lo sacó de sus pensamientos.

— Eskil.-, era Halvard.

Eskil suspiró y se pasó una mano por el cabello antes de hablar:

— Pasa.-

La puerta se abrió lentamente, revelando la silueta de su viejo amigo. Halvard traía consigo una jarra de hidromiel y dos copas. Su expresión era seria, pero en sus ojos había una sombra de preocupación.

— Te ves como un hombre que ha peleado contra los dioses mismos y ha vivido para contarlo.-, Eskil dejó escapar una risa seca.

— No estoy seguro de si he vivido o si solo estoy sobreviviendo.-, Halvard dejó la jarra sobre una mesa y sirvió dos copas.

— Entonces, sobrevive con hidromiel-, dijo ofreciéndole una.

Eskil la tomó, pero no bebió. Solo miró el líquido dorado mientras sus pensamientos giraban en espiral.

— ¿Crees que todo esto vale la pena?-, preguntó de pronto, su voz más baja de lo habitual.

Halvard bebió un sorbo antes de responder.

— Si no lo creyera, no estaría aquí.-

Eskil se humedeció los labios.



— ¿Y si... y si estamos equivocados?-, Halvard frunció el ceño.

— ¿A qué te refieres?-

Eskil apoyó la copa sobre la mesa y frotó su rostro con las manos.

— A todo esto, Halvard. La guerra, las conquistas, la sangre que derramamos... ¿Dónde termina? ¿Cuánto más tenemos que matar hasta que podamos llamarlo victoria?-

Su amigo lo miró en silencio por un momento antes de responder:

— Si lo que buscas es un final limpio, Eskil, temo que no lo encontrarás. La guerra no termina cuando queremos, sino cuando el último hombre cae o cuando alguien deja de luchar.-

Eskil sintió que su pecho se apretaba.

— Eso es lo que me preocupa —dijo en voz baja—. Que cuando todo acabe, yo ya no sea el mismo.-

Halvard apoyó una mano en su hombro.

— Nadie sale el mismo de la guerra. Pero no significa que debas perderte del todo.-, Eskil lo miró, buscando en sus ojos alguna certeza que pudiera sostenerse. Pero no encontró respuestas, solo la misma incertidumbre que pesaba en su propio pecho.

“¿Y si ya me he perdido?”

El hidromiel en su copa tembló ligeramente cuando la sujetó con fuerza. Por un instante, la imagen de Sorine apareció en su mente.

“Todavía puedes elegir.”

Eskil cerró los ojos.

“Pero, ¿qué elección me queda?”

Halvard aún lo observaba con intensidad, como si tratara de leer algo más allá de las palabras, en los silencios de Eskil. El joven sostuvo su mirada apenas un segundo, antes de volver a fijarla en la copa.

— Has cambiado-, murmuró Halvard con la voz pesada de quien ha vivido demasiadas noches como esa.

— No solo por la batalla. Algo te ronda la cabeza.-, Eskil se encogió de hombros, fingiendo indiferencia.

— Estoy cansado, eso es todo. Tal vez... demasiado.-

— ¿Cansado como para dejar todo atrás?-, la pregunta cayó como un cuchillo. La voz de Halvard era tranquila, como si solo estuviera hablando del clima... Pero había filo detrás.

Eskil alzó la vista con lentitud, su expresión endurecida.

— ¿De qué estás hablando?-

Halvard giró el rostro hacia la ventana de piedra que daba al patio interior, donde las antorchas ardían con pereza entre los restos de la batalla.

— Dicen que entre los prisioneros del convoy había una chica. Que tenía ojos como el hielo en primavera. Que desapareció

antes del amanecer, justo cuando tú también te esfumaste un rato.-

La habitación pareció volverse más pequeña. Eskil no contestó. Solo cerró los ojos un momento.

— No sé de qué hablas.-

— Claro que no-, Halvard bebió otro trago largo.

— Y supongo que tampoco sabías que esa chica era la hija del hombre al que le partiste el pecho en la plaza.-

El silencio que siguió fue espeso, lleno de grietas invisibles.

Halvard lo rompió con suavidad, sin rabia, sin juicio, pero con una gravedad que no podía disimular:

— Yo no soy Ulf. No te voy a arrancar la lengua por dudar. Pero somos lo que somos, Eskil. Lo sabes tan bien como yo. Aquí, dudar es tan letal como un cuchillo al cuello.-, Eskil bajó la mirada, apretando los puños.

— Ella no tenía nada que ver con esto. Solo quería ver a su padre.-

Halvard lo observó con atención.

— ¿Y tú? ¿Qué querías?-

Eskil no respondió. No podía. Las imágenes regresaban una tras otra: los gritos de su madre, el olor del humo, la madera crujiendo sobre su cabeza mientras se escondía bajo el suelo. Luego, el rostro endurecido de Ulf al atarlo de manos y piernas para arrastrarlo como un esclavo.

¿Y ahora? Ahora era el perro de ese mismo hombre. Había subido entre los suyos, sí... pero siempre manchado de la sangre que ellos mismos derramaron en su hogar.

“¿Cuánto más podía seguir fingiendo que eso no le importaba?”

— Mira...-, dijo Halvard, dejando la copa sobre la mesa.

— No soy tonto, Eskil. Tú no contaste nada porque sabías lo que pasaría si Ulf se enteraba. Pero todos tenemos ojos. Oídos. Y los tuyos estaban demasiado atentos al norte... Demasiado atentos a ella.-

— No fue nada.-, dijo Eskil al fin, con voz baja.

Halvard se levantó, caminó unos pasos y se detuvo junto a la puerta.

— Tal vez. Pero no puedes permitirte seguir soñando, hermano. No ahora.-

— ¿Hermano, eh?-, dijo Eskil, con una amargura que no pudo ocultar del todo.

— ¿Aún si decidiera que esta guerra ya no es mi guerra?-

Halvard no se giró. Su voz fue firme, sin emoción:

— Entonces dejarías de serlo.-

Y se fue, cerrando la puerta con suavidad tras de sí.

Eskil quedó solo, sintiendo la presión del silencio sobre su pecho. En la esquina de la sala, su reflejo en una armadura colgada le devolvió la mirada. Fría. Dura. Impasible.

“El Enviudador.”

Casi podía escuchar su voz de nuevo.

— Porque no hay otra opción.-

Eskil cerró los ojos y se aferró a su espada como si ella aún pudiera decirle quién era. Pero la respuesta no vendría de allí.

No esta vez.

## Capítulo 7 – Bajo el filo de las maderas

*"Y si he de hundirme, que sea en aguas que yo mismo haya elegido."*

El viento soplabá con furia sobre las almenas de Skogsholm cuando partieron. No quedaban canciones ni vítores, solo el ruido metálico de las armas colgando en los costados, el crujir de las armaduras, y los cascos de los caballos sobre el lodo congelado.

Eskil cabalgaba en silencio, al frente de la formación, el rostro cubierto por la capucha de su capa, como si eso pudiera ocultar el peso que lo carcomía por dentro.

Tras él marchaban Halvard, Ulf, y el resto de los Lobos Negros —como los llamaban en el Norte—, un ejército de mercenarios endurecidos por el frío y la guerra. Llevaban estandartes negros con una franja roja cruzando en diagonal, símbolo del acero que no responde a reyes, solo a oro.

El objetivo era claro: tomar Port Evaryon, un pueblo pesquero con un puerto lo suficientemente grande como para recibir



refuerzos desde otros reinos aliados. La misión era directa, brutal... Como todo lo que ordenaba Ulf.

— Cinco días de marcha-, dijo Ulf mientras cabalgaban.

— Llegaremos antes del amanecer del sexto si el clima no empeora. No quiero errores, y mucho menos vacilaciones. Port Evaryon no tiene murallas, pero sus hombres conocen el terreno. Será rápido o será una masacre.-

Eskil asintió en silencio.

Pero no escuchaba.

Su mente seguía en otro lugar: en la imagen de Sorine alejándose en su caballo; en las palabras de Leif en aquel sueño, preguntando por qué seguía luchando. Cada golpe de casco sobre la tierra resonaba como un tambor fúnebre. Ya no estaba seguro de hacia dónde cabalgaba... Ni si quería llegar.

Los días siguientes fueron grises, bañados en niebla. Atravesaron aldeas vacías, bosques silenciosos, puentes congelados

sobre ríos que alguna vez sirvieron de paso para comerciantes. Cada noche, los hombres hablaban junto al fuego, reían, bebían, dormían pesadamente. Eskil apenas probaba bocado. Apenas dormía.

— No estás bien-, le dijo Halvard una noche, mientras compartían una jarra de cerveza agria cerca de la lumbre.

— No me digas que es por Leif. Porque si lo es, lo estás deshonrando.-

Eskil no respondió.

— Ojalá fuera tan simple, pero hay cosas que no puedes desenterrar sin que te trague la tierra con ellas.-, murmuró al fin.

Halvard frunció el ceño. Por primera vez, parecía preocupado de verdad.

— ¿Vas a hacer alguna estupidez, hermano?-

Eskil le lanzó una mirada vacía.

— No lo sé. Quizá ya la hice.-

Cuando llegaron a las colinas que dominaban Port Evaryon, el cielo estaba cubierto de nubes negras, y el mar rugía como un animal herido. El pueblo parecía dormido, pero humo salía de sus chimeneas. Había soldados, eso era claro. Y estaban listos.

Ulf ordenó el ataque sin demora.

Eskil, con el rostro marcado por la sombra de la locura silenciosa, lideró la carga por el flanco este. Gritó con fuerza, pero su voz no parecía tener alma. Como si buscara matarse a sí mismo en cada estocada, en cada embestida.

El combate fue desastroso. Las fuerzas del Norte estaban preparadas. Había arqueros ocultos en los acantilados, trampas en los caminos, hombres con lanzas bien posicionadas entre las casas.

Uno a uno, los mercenarios fueron cayendo. Gritos. Acero. Lodo. Eskil peleó como un hombre sin miedo... O sin esperanza. Su espada encontró cuerpos, su escudo se rompió, su hombro sangraba. Finalmente, una lanza lo atrapó por el costado. Cayó de

rodillas entre la nieve manchada de rojo. A su alrededor, los gritos se apagaban. Habían perdido.

Despertó en una celda de piedra, húmeda y fría. Las manos atadas. Las heridas envueltas rudimentariamente. Estaba solo, pero no por mucho tiempo.

Horas después, la puerta chirrió. Entró un hombre alto, vestido con ropas pesadas de piel y una capa azul oscuro decorada con bordes dorados. Su barba estaba trenzada, su cabello recogido con aros de hierro. Sus ojos eran duros, pero no vacíos.

— Así que tú eres el Enviudador. El perro del Sur. El joven que mató al Comandante Thorgar.-

Eskil no respondió. El hombre se acercó con pasos tranquilos y se sentó frente a él.

— Yo soy el Rey Hroald, de la provincia de Skeldar. He venido a verte por algo más que tu reputación.-

Eskil levantó la mirada por primera vez.

— ¿Qué quieres de mí?-

Hroald sonrió, pero era una sonrisa sin alegría.

— Me dijeron que dejaste libre a la hija de Thorgar. Que la protegiste. Que le diste tu caballo. Una locura... Pero también una oportunidad.-

Eskil frunció el ceño.

— ¿Y qué quieres? ¿Felicitarme? ¿Matarme tú mismo?-

El rey negó con la cabeza, despacio.

— Quiero proponerte algo que podría salvarte la vida. Y quizá algo más.-

Se inclinó hacia él, la voz como un susurro entre cuchillas:

— Tú conoces las entrañas del ejército del Sur. Conoces sus rutas, sus líderes. Si nos ayudas... si traicionas a Ulf, no solo te devolveré la libertad. Pondré fin a esta guerra.-

Eskil no dijo nada. Pero en su mente, las voces regresaban:

“Todavía puedes elegir.”

Y otra vez, la brisa... y el fuego.

Su elección se acercaba.

Y el precio sería todo lo que le quedaba.

Eskil desvió la mirada. El rostro del rey Hroald era tan firme como los muros de la fortaleza en la que estaba encerrado, pero sus ojos... sus ojos le recordaban a los de Leif. No por su color o forma, sino por algo más difícil de explicar. Peso. Como si cada decisión que había tomado lo hubiera arrastrado a un lugar desde donde no se podía volver atrás.

— ¿Y si no acepto?-, dijo Eskil al fin, con voz áspera.

— Entonces morirás como un perro.-

La respuesta de Hroald fue directa, sin adorno alguno.

— Ulf no enviará una tropa de rescate. Tus hombres están muertos o huyendo. Eres prescindible para ellos. Para mí, en cambio... Podrías ser invaluable.-

Eskil se recostó contra la pared de piedra, cerrando los ojos. La herida en su costado latía con cada respiración, y con ella el recuerdo: los gritos de su madre... La tabla suelta bajo el suelo... El fuego... El cuerpo de su padre. Y luego, Ulf, tendiéndole una mano, no para ayudarlo... Sino para marcarlo.

— ¿Qué sabes de mi pasado?-, preguntó en voz baja.

— Solo rumores-, dijo Hroald.

— Que eras un niño cuando los hombres del Sur arrasaron tu aldea. Que Ulf te llevó con él. Que te convirtió en su herramienta más afilada.-

— No me convirtió en nada. Me quebró. Como se quiebra un hueso para que crezca torcido.-, diría Eskil fríamente al abrir los ojos.

Hroald no dijo nada al principio. Caminó hasta la puerta, pero se detuvo antes de salir.

— Esa niña... Sorine. No pidió clemencia por ti. Pero pidió que, si te atrapábamos, te diéramos la oportunidad de elegir. No sé qué le viste a ella, ni qué vio ella en ti... Pero en tiempos como estos, ese tipo de vínculos valen más que mil espadas.-

— Ella es del Norte-, susurró Eskil.

— Y yo...-

— Tú eres lo que decidas ser-, lo interrumpió Hroald.

—Pero decide pronto. Porque no puedo protegerte por siempre.-

Y con eso, se marchó.



Esa noche, Eskil no durmió. Se mantuvo despierto en la oscuridad, con las rodillas encogidas contra el pecho, la cabeza apoyada sobre sus antebrazos. Escuchaba el retumbar lejano del mar golpeando el muelle. El canto del viento contra los barrotes. Y, más que nada, escuchaba su propio silencio.

“¿Traicionar a Ulf?”

Pero...

¿Acaso no lo había hecho ya, cuando dejó ir a Sorine?

¿Acaso no lo traicionó cuando ocultó la verdad, cuando dudó en la batalla, cuando deseó que alguien más lo matara para no tener que tomar una decisión?

Halvard le había dicho una vez, entre copas y risas:

“Un hombre puede cambiar de nombre, de bandera, hasta de rostro... Pero nunca puede cambiar lo que lleva en el pecho.”

“¿Y qué llevaba él?”

¿Odio?

¿Culpa?

¿Esperanza...?

Cerró los ojos, pero esta vez no hubo fuego ni voces. Solo el eco de su respiración.

Al amanecer, la celda se abrió. No era Hroald. Era un joven soldado con armadura sencilla, nervioso, evitando mirarlo directamente.

— El rey quiere una respuesta. Ahora.-

Eskil se levantó con dificultad. A cada paso, sentía el peso de todo lo que había vivido, lo que había perdido... Y lo que todavía no se atrevía a desear.

Se quedó en la entrada de la celda, mirando hacia el pasillo iluminado por antorchas.

Y dio un paso adelante.

No dijo nada.

Pero ese paso era una respuesta.

La traición se había sembrado.

La decisión había sido tomada.

Y el precio de la paz, al fin, comenzaba a medirse.

## Capítulo 8 – Por un mejor futuro

El plan había comenzado a gestarse en las sombras de la fortaleza, Hroald no era un hombre que confiara fácilmente, pero había visto en Eskil no solo una herramienta, sino un símbolo. Un arma que había servido a la oscuridad y que ahora podía dar un golpe definitivo desde dentro.

El Enviudador, el monstruo del Sur, el hijo del odio... Convertido en traidor. O quizás en algo más.

Pero antes de la huida, antes del fuego y el estruendo, antes del regreso manchado de mentira... Hubo una noche.

Una última noche.

La celda de Eskil olía a humedad y sangre seca. Desde hacía días, las cadenas ya no estaban. Se había ganado algo parecido a la confianza del rey, aunque no dejaban de vigilarlo.

Y esa noche, cuando la lluvia golpeaba el techo de piedra con dedos helados, una figura encapuchada se deslizó hasta la puerta.

— ¿Eskil?-, susurró la voz, apenas un murmullo.

El joven levantó la vista de su rincón, reconociéndola al instante.

La capa empapada. Ese dorado cabello enmarañado por el viento. El guante faltante en la mano izquierda.

— ...Sorine.-

Ella sonrió tímidamente, cerrando la puerta tras de sí. Sus ojos brillaban con una mezcla de nervios y valentía.

— No tenía permitido venir. Pero insistí. Dije que quería despedirme, en caso de que... —su voz se quebró por un momento—  
... En caso de que no volvieras.-

Eskil se levantó, aún cojeando ligeramente por la herida del costado.

Estaban frente a frente. No como noble y mercenario. No como Norte y Sur.

Solo como dos jóvenes de catorce años, perdidos entre decisiones que quemaban más que la guerra.

— El rey... —empezó Eskil— me ofreció una forma de... De redimirme.-

— ¿Y la aceptarás?-

Él dudó.

Pero en sus ojos ya no había esa furia ciega que lo había seguido tantos años.

Solo el fuego lento de algo más profundo.

— Sí. Lo haré.-

Sorine asintió en silencio. Se acercó, casi sin que sus pies tocaran el suelo.

Y cuando estuvo lo bastante cerca, apoyó su frente contra la de él.

— No soy tan valiente como tú, Eskil... Pero... —su voz era tan baja que apenas se oía sobre la lluvia— ... Quería que lo supieras. Lo que sentí. Lo que siento.-

El joven tragó saliva con fuerza. Cerró los ojos.

Recordó sus palabras en el bosque.

“Todavía puedes elegir.”

— Tú me diste eso. La opción. Nadie me había dado algo así antes.-, susurró Eskil suavemente.

Entonces, como si el mundo pudiera esperar, como si la guerra hubiera sido suspendida por un instante... Sus labios se encontraron.

Torpes. Inseguros. Jóvenes.

Pero reales.

Un beso robado a la muerte, en una celda húmeda del fin del mundo.

Un acto de amor, antes de la traición.

Esa misma madrugada, los preparativos comenzaron.

Eskil conocía cada pasadizo de la fortaleza, cada punto débil. Necesitaba su armadura, su espada, y Olaf... Su fiel corcel.

— La fuga debe parecer real —le había dicho Hroald con voz dura—. Si Ulf sospecha que fue un trato, todo estará perdido-, así que debía manchar el cielo con humo. Dejar cuerpos en su camino. Volver a vestirse de monstruo... Una vez más.

El herrero local, por orden del rey, restauró la vieja armadura de Eskil. El acero ennegrecido, con su emblema del sol roto en el pecho. La espada de gran filo fue recuperada del campo de batalla, aún manchada de sangre seca.

Y Olaf...

Sorine lo había mantenido bien alimentado y cuidado.

— Le hablé de ti —dijo, sonriendo mientras acariciaba la melena del caballo—. No sé si los caballos entienden esas cosas, pero... Creo que él también te extrañó.-

Eskil tragó saliva, su pecho encogido por una mezcla imposible de emociones.



Ella lo acompañó hasta las puertas del establo, donde los hombres de Hroald lo mirarían partir.

— Prométeme que volverás.-, susurró Sorine, con los ojos vidriosos.

— Solo si tú me esperas.-, respondió él con confianza, y entonces, por última vez... Se abrazaron.

Un abrazo que era más que promesa.

Era fe.

Cuando la luna llegó a su punto más alto, Port Evaryon ardía. Una explosión en los depósitos de pólvora sacudió el puerto. Los guardias muertos en las almenas. El cuerpo de un centinela colgando de una soga como advertencia.

El Enviudador había escapado.

Olaf galopaba como un demonio, cruzando los caminos nevados, llevando al muchacho de regreso a su infierno. Con su espada al hombro y la armadura bañada en hollín, Eskil se abrió ca-

mino hacia el campamento de los que una vez fueron sus hermanos.

La luna colgaba sobre los pinos como una moneda de plata oxidada. Bajo su luz, la figura de un jinete avanzaba lentamente por los senderos de barro congelado, dejando tras de sí una estela de vapor en la noche helada. El caballo —un corcel oscuro de gran tamaño— avanzaba con paso firme, acostumbrado a la guerra, a los caminos rotos, al olor de la sangre.

Sobre él, envuelto en sombras, cabalgaba Eskil.

La armadura que vestía no era la que le habían dado al principio de la campaña, sino la que llevaba el día en que nació el miedo en el corazón de sus enemigos. Su armadura original, recuperada a sangre y fuego de los almacenes de Port Evaryon durante su fuga: placas negras como el abismo, desgastadas por mil batallas.

En su espalda, la gran espada que le había dado su nombre.

Y en su mirada...

Furia. Dolor. Determinación.

Había dejado el puerto envuelto en llamas. El alboroto de su huida no fue un accidente, sino una puesta en escena: puertas rotas, antorchas lanzadas contra depósitos de víveres, cadáveres de guardias que no supieron que estaban presenciando una farsa. Había hecho lo necesario. Había fingido ser quien ya no era.

“Que piensen que escapaste como una bestia acorralada”, le había dicho el rey Hroald, la última noche.

“Que vuelvas a ser el monstruo que ellos creen que eres.”

Y ahora, ese monstruo regresaba.

Los centinelas del campamento mercenario apenas vieron la figura acercarse entre la niebla. El primero levantó la lanza, nervioso.

— ¡Alto! ¡Identifícate!-

Pero Olaf no se detuvo. Y Eskil tampoco.

Cuando el caballo estuvo lo suficientemente cerca, la luna iluminó el rostro del jinete. Era joven. Demasiado joven para las cicatrices que lo marcaban. Pero aquel único ojo...

Ese ojo era el de un hombre que había matado a la muerte misma.

— ¡Dioses! ¡Es él! ¡ESKIL! ¡ESKIL HA VUELTO!-

Las voces corrieron como fuego entre los árboles.

Pronto las tiendas del campamento comenzaron a agitarse. Hombres salieron con armaduras a medio poner, otros aún con las jarras de cerveza en la mano. Algunos estaban listos para pelear, otros para abrazarlo. Todos estaban confundidos.

Halvard fue el primero en llegar al paso del caballo.

— ¡Eskil! ¡Por los mil demonios, estás vivo!— dijo, jadeando, con una mezcla de incredulidad y alivio.— Pensamos que habías caído... ¡Ulf te dio por muerto!-

Eskil desmontó de un solo salto. Su bota cayó en la tierra con un golpe seco. No dijo nada al principio. Solo acarició el cuello

de Olaf, con una suavidad que contrastaba con su figura de guerrero.

Finalmente, habló.

— Port Evaryon... Ardió.-

Su voz era baja, pero suficiente para callar a todos los que se habían reunido en círculo. Los murmullos se apagaron como brasas bajo la lluvia.

— Me capturaron. Me torturaron. Me dieron por muerto.-, añadió.

Se quitó lentamente el guante izquierdo... Y dejó ver el guante fino, bordado, que Sorine le había regalado. Nadie más sabía qué significaba, pero para él era un recordatorio. De por qué estaba haciendo esto. De quién lo esperaba.

— Pero me abrí paso. A sangre y acero. Y ahora estoy aquí.-

Halvard se acercó, extendiendo un brazo, sonriendo de medio lado.

— Maldita sea, hermano. Nadie mata al Enviudador tan fácil.-

Pero cuando Eskil le sostuvo el brazo en el saludo de guerreros, su mirada no sonrió. Estaba tensa. Más fría que nunca.

Había cruzado una línea de la que no podría volver... Y lo sabía.

— ¿Dónde está Ulf?-, preguntó finalmente.

— En la tienda de mando. Planeando la próxima incursión. Está furioso. La derrota nos partió por la mitad.-

Eskil asintió.

— Entonces es hora de darle algo que lo calme.-

Se abrió paso entre los hombres. Todos lo miraban, algunos con respeto, otros con miedo. Su paso era firme. Serio. Lento. Dirigido hacia el centro del campamento, donde se encontraba el puesto de mando.

La tienda olía a cuero húmedo, grasa de antorchas y sudor viejo. La lona crujía con el viento de la noche, y el farol de aceite sobre la mesa temblaba suavemente, proyectando sombras deformes sobre el rostro curtido de Ulf.

Eskil dio dos pasos hacia adentro. Su armadura rozó el marco de la entrada con un sonido metálico seco. La tela ondeó tras él, y la oscuridad cerró la tienda como una trampa.

Ulf le observaría en silencio, antes de finalmente hablar en un murmullo.

— ¿Cómo?-

Ulf no se movió al principio. Sus manos estaban sobre el mapa, aún apoyadas como si el mundo entero pudiera sostenerse sobre ese trozo de pergamino. La hidromiel derramada parecía sangre coagulada sobre las torres dibujadas de Port Evaryon. Solo sus ojos se alzaron. Dos pozos cansados, grises, que buscaron una explicación más allá del entendimiento.

— ¿Cómo?-, repitió subiendo el tono.

Eskil no respondió de inmediato. Se quitó el casco y lo dejó con cuidado sobre una silla. El sonido hueco del metal sobre la madera retumbó en la tienda como un presagio.

— Me quebraron. — dijo finalmente, con voz ronca. — Me encerraron. Me colgaron como a un cerdo. Me dejaron entre ratas y silencio.- Ulf frunció el ceño, aún inmóvil.

— Y aún así estás aquí. ¿Cómo escapaste?-

Eskil caminó lentamente hasta la mesa. Apoyó ambas manos sobre el borde, clavando su mirada en el mapa. Habló sin levantar la voz, pero con una intensidad que helaba el aire.

— Porque soy lo que tú hiciste de mí. El Enviudador. El perro rabioso que mandas cuando nadie más quiere mancharse las manos.-

Ulf entrecerró los ojos, tanteando las palabras. Había desconfianza en su mirada... Pero también orgullo. Un reflejo oscuro se asomó en su rostro: esa satisfacción oculta de saber que su criatura había sobrevivido.

— Dicen que quemaste media ciudad — murmuró Ulf. — Que abriste la garganta de tres capitanes y dejaste a un cuarto



colgando como adorno... ¿Todo eso es verdad?-, Eskil lo miró de frente.

— Dejé que me vieran. Que vieran al monstruo. No dejé testigos que pudieran contar otra historia.-

Ulf sonrió, apenas. El gesto era más una mueca torcida que alegría real.

— Entonces les diste justo lo que necesitaban creer.-

— Les di lo que tú necesitabas que creyeran-, respondió Eskil, sin titubeo.

Por primera vez, Ulf se enderezó del todo. Cruzó los brazos sobre el pecho. Su mirada recorrió a Eskil de arriba abajo. Ya no era un niño. Ya no era ni siquiera el guerrero que había dejado en Port Evaryon.

Este Eskil había muerto... Y regresado.

— ¿Por qué volviste? — preguntó, con tono neutro. — Pudiste haber escapado al norte. Pudiste haber sido libre.-

Eskil apoyó un dedo sobre el mapa. Lo deslizó hasta el símbolo de la ciudad, y lo aplastó con un pequeño golpe seco.

— Porque esto aún no termina. Porque Hroald aún respira. Y porque no me voy sin mi deuda.-

Ulf lo observó largo rato. La tensión era espesa como alquitrán.

Luego, finalmente, asintió.

— Bien. — dijo, apenas audible. — Bien, maldito seas. No creí que volvería a verte.-

Se acercó y puso una mano sobre el hombro de Eskil. No era un gesto de afecto. Era una declaración.

“Aquí estás, y vuelves a ser mío.”

— Te necesitamos. Los hombres están desmoralizados. La mitad quiere desertar. Pero si te ven marchar al frente, si saben que sigues con nosotros... Obedecerán. Como antes.-

Eskil no apartó la mirada.

— Entonces dales su monstruo.-

Ulf asintió de nuevo, más lento esta vez. Luego se apartó y rebuscó entre un baúl al fondo de la tienda. Sacó una botella de vidrio oscuro, casi vacía. Le ofreció un trago. Eskil lo rechazó con un gesto.

— ¿Y cuál es el plan?-, preguntó el joven.

Ulf volvió al mapa. Puso dos dedos sobre una aldea al sur de la ciudad, también era costera pero parecía tener menos importancia.

— Atacaremos aquí. Mañana. Es una ruta de abastecimiento. Si la tomamos, aislaremos a Port Evaryon.-

— ¿Y si está protegida?-

— Para eso te necesito. Para eso volvió el Enviudador.-

Por dentro, Eskil se revolvía.

Cada palabra que decía era una mentira que pesaba como plomo.

Pero debía mantener el teatro.

Ganarse la confianza.

Aguantar... Hasta el momento justo.

— Entonces mañana arderá el Norte.-, dijo.

Y mientras Ulf alzaba la copa en su honor, brindando por el regreso del monstruo, Eskil sostenía su copa invisible... por el fin de todos ellos.

## Capítulo 9 – El eco de la farsa

La mañana siguiente trajo consigo un cielo plumizo, cargado de nubes que parecían haber sido talladas en ceniza. El campo alrededor del campamento mercenario se agitaba con la actividad frenética de una tropa que olía la sangre en el horizonte. Acero afilado, lanzas alineadas, escudos marcados por guerras pasadas: los hombres de Ulf se preparaban.

Y al frente de ellos, montado sobre Olaf con la armadura negra brillando entre jirones de neblina, cabalgaba Eskil.

Las horas siguientes fueron una danza ensayada. La pequeña aldea al sur de Port Evaryon cayó en cuestión de minutos. No hubo resistencia real. Algunos soldados mal armados, campesinos desesperados... Y un par de gritos bien colocados que fingían una retirada dramática.

Los hombres de Ulf celebraron como si hubieran tomado una fortaleza de piedra. Brindaron en las ruinas, levantaron las banderas del clan de Ulf sobre las casas aún humeantes.

Y Ulf... Ulf creyó.

Lo siguiente fue aún mejor orquestado.

Tres días después, Port Evaryon fue “recuperada” en una operación planificada con una precisión escalofriante por Hroald y sus fieles. La ciudad parecía resistirse con violencia, pero bastaron algunas puertas abiertas desde dentro, algunos “errores” tácticos de los generales... Y la ciudad costera cayó.

Eskil no participó en el asalto. Desde una colina cercana, junto a Ulf, observó los estandartes del Sur alzarse sobre las torres de piedra.

Ulf se giró hacia él, con una sonrisa que no se había visto desde los días dorados de la Guerra de Thrugnar.

— ¿Lo ves? — dijo, con voz grave, henchida de ambición — El norte retrocede. Se nos rinden. No queda más que avanzar.-

Eskil asintió, manteniendo su rostro de piedra.

— ¿Y ahora?-

Ulf extendió el brazo hacia el horizonte, como si ya pudiera ver los muros de Thalvonir.

— El norte retumba. Y ahora iremos por el corazón. La capital más expuesta: Thalvonir. El puerto es clave. Si cae, Sylvaria queda dividido.

— ¿Crees que se rendirán tan fácil?-, preguntó Eskil, calibrando cada palabra.

— Ya lo están haciendo — dijo Ulf. — ¿No lo ves? Nos temen más de lo que creen en su propio rey. Y ahora, con el Enviador de vuelta a mi lado, ¿quién podrá detenernos?-

Eskil no respondió.

Pero por dentro, sabía que esa pregunta tenía respuesta.

Y esa respuesta sería él mismo.

Esa noche, mientras el ejército celebraba su inesperada racha de victorias, Ulf reunió a sus capitanes en una carpa más

grande, adornada con pieles robadas y mapas trazados a mano. Había vino, carne, y canciones que hablaban de futuras glorias.

Pero Eskil no estaba allí para brindar.

Sentado fuera, al borde del campamento, afilaba La Viuda bajo la luz opaca de la luna. Sus dedos trabajaban como si el acero fuera un lenguaje que solo él conocía. Y en su mente, la imagen de Sorine aparecía clara: su voz, su risa, su mano entregándole aquel guante.

Una sombra se acercó. Era Halvard.

— ¿No vienes a beber con nosotros?-, preguntó.

Eskil no levantó la mirada.

— Ya bebí suficiente sangre por hoy.-

Halvard se sentó a su lado. No dijo nada por un rato. Solo escuchó el sonido del metal, el viento entre los árboles.



— Él confía en ti, ¿sabes? Ulf. Más de lo que ha confiado en nadie en años. Incluso más que en mí.-

— Lo sé.-

Halvard frunció el ceño.

— Pero... no sé. Hay algo en ti que no es igual que antes. Es como si... llevaras la guerra dentro, pero no quisieras soltarla.-

Eskil finalmente levantó la mirada.

— Porque no quiero.-

Halvard abrió la boca, pero no supo qué decir.

— ¿Sabes lo que es fingir ser el monstruo que otros crearon? — murmuró Eskil. — Fingir tanto que el reflejo ya no responde. Que empiezas a creer que sí, que eres eso.-

Halvard tragó saliva.

— ¿Y no lo eres?-

Eskil le sostuvo la mirada. Luego deslizó lentamente la piedra de afilar a lo largo de la hoja una vez más.

— Lo seré... hasta que deje de necesitar serlo.-

Ulf convocó al ejército al día siguiente. Bajo el estandarte rojo y negro de su clan, proclamó que marcharían hacia Thalvonir. Que el norte era suyo. Que el trono de Sylvaria estaba más cerca que nunca.

Y cuando gritó el nombre del Enviudador, los hombres lo corearon como si gritaran el nombre de un dios caído.

Eskil, desde su montura, no respondió. Solo alzó su espada hacia el cielo.

El viento costero soplaba con fuerza en las llanuras que se extendían entre Port Evaryon y los densos bosques del norte. La columna mercenaria avanzaba como una mancha oscura sobre el

paisaje verde, arrastrando consigo el eco de tambores de guerra y el crujir de cientos de botas sobre la tierra húmeda.

Ulf cabalgaba al frente, su estandarte ondeando a su espalda, iluminado por la luz blanquecina de la mañana. Iba de buen humor. Su victoria en Port Evaryon lo había elevado, y ahora se sentía invencible. Había ordenado avanzar hacia Thalvonir sin descanso, tomando el camino más rápido: atravesar el gran bosque que separaba ambas ciudades, bordeando las estribaciones de las montañas que cortaban el norte de Sylvaria como una cicatriz.

— Que vean que no tememos sus rutas escondidas ni sus emboscadas de cazadores-, había dicho.

Eskil cabalgaba detrás, junto a Halvard. Su armadura negra ya era reconocida por los hombres como un símbolo de buen augurio. Nadie osaba hablarle directamente salvo los más cercanos. Y aun esos, con respeto.

Pero dentro de él, Eskil contaba los días. Las millas. Los movimientos.

Porque todo estaba siendo observado.

En las sombras de los bosques del norte, exploradores fieles a Hroald se movían como fantasmas entre los árboles. Informaban en silencio, marcaban caminos seguros para que los mercenarios no se perdieran... Y dejaban señales ocultas para los vigías de Thalvonir.

La ciudad costera ya se preparaba para la llegada de Ulf.

A diferencia de Port Evaryon, Thalvonir no sería una entrega disfrazada.

El pacto entre Eskil y Hroald era claro.

“Darle al lobo la ilusión de la caza.”

Pero allí, en Thalvonir, sería donde ese lobo encontraría la trampa.

La ciudad tenía un muro marítimo casi inexpugnable, y desde el enorme faro, ya habían visto el movimiento de las tropas acercándose. La flota de Sylvaria —que Ulf creía dispersa— aguardaba oculta entre los fiordos cercanos, lista para cerrar el puerto con fuego y acero si los mercenarios intentaban tomarlo desde el mar.

Al quinto día de marcha, la columna de Ulf llegó a los lindes del bosque septentrional. Desde ahí, la torre del faro de Thalvonir ya se divisaba en el horizonte como un dedo blanco apuntando al cielo.

Ulf detuvo su caballo, con una sonrisa de triunfo. Miró a Eskil.

— Ahí está. El alma del Norte. Thalvonir caerá... Y luego vendrá Elvenor, y el reino entero.-

Eskil lo miró fijamente, sin pestañear.

— Entonces, terminemos lo que empezamos.-

Ulf rió con fuerza.

— ¡Eso, chico! — Se giró hacia sus hombres. — ¡Preparen los campamentos! ¡Quiero que mañana, al amanecer, asedien esa ciudad con el rugido de cien bestias!-, los soldados corearon.

A medio camino entre Port Evaryon y Thalvonir, el campamento se asentó entre los claros húmedos que bordeaban la espesura del bosque de Lärðwyn. En la oscuridad de la noche, unos sollozos débiles escapaban de una carreta de hierro: eran los prisioneros del puerto, soldados nortehños que Hroald había ordenado dejar atrás.

Eskil pasó junto a ellos en silencio. Uno de los jóvenes, apenas mayor que él, le dirigió una mirada de odio, escupiendo a sus pies.

— ¡Traidor! ¿No habías hecho una alianza con el rey?-, susurró con la voz quebrada.

Eskil detendría sus pasos, desenvainando hábilmente a La Viuda, su frío metal contra la garganta del joven.

— Hablas mucho para ser carnada... Más esas podrían ser tus últimas palabras, así que cuídalas.-

El joven prisionero se quedaría mirando en silencio a Eskil, antes de volver a fruncir el ceño.

— ¡Maldi...!-

Su voz se vería cortada.

Al igual que su garganta, abierta en canal por Eskil.

El resto de prisioneros decidieron mantener silencio esa noche.

A medida que los mercenarios se adentraban en los senderos viejos que cruzaban las colinas boscosas entre las montañas y Thalvonir, extraños sucesos comenzaron a inquietar a los hombres. Animales muertos en posiciones antinaturales, señales grabadas en la corteza de los árboles, e incluso desapariciones.

Uno de los exploradores regresó una noche pálido como la luna, jurando haber visto sombras que no respondían a ninguna lámpara, y voces femeninas que reían en la lengua antigua del Norte.

Eskil conocía esas leyendas. Las Daughters of Frost. Espíritus viejos, anteriores a Sylvaria misma.

Ulf no escuchó sus advertencias. Pero Eskil sí. Y dejó ofrendas en el hielo aquella noche. Para el día siguiente, los sucesos se detuvieron.

Halvard, leal compañero de Eskil desde los primeros días, comenzaba a sospechar. Había algo diferente en su hermano de armas desde la muerte de Leif. Demasiado silencio, demasiada contención. No era el mismo muchacho salvaje que lanzaba carcajadas mientras cortaban cabezas en la guerra del este.

Una noche, bajo una luna roja, Halvard confrontó a Eskil.

— ¿Qué estás haciendo? —le preguntó—. ¿A quién le sirve tu espada ahora?—

Eskil no respondió. Pero la mirada que le lanzó fue suficiente para que Halvard no insistiera.

No aquella noche.



El grupo siguió avanzando, hasta una aldea al norte del paso montañoso, los mercenarios llegaron a una iglesia derruida dedicada a Elenara, diosa del mar y las despedidas. Allí, grabado en las paredes, Eskil encontró un nombre familiar.

“Sorine.”

Era un rezo tallado a mano por una anciana. Una oración para que Elenara la protegiera. Eskil la tocó con la yema de los dedos. Nadie lo vio llorar esa noche.

Un mensajero interceptado en el camino reveló lo que ya temía: Thalvonir se preparaba. No para resistir, sino para rendirse. La caída de Port Evaryon había quebrado el espíritu del norte.

— Abren las puertas para ti, Ulf —anunció un oficial del Sur con burla—. ¿Lo ves? El norte tiembla ante ti.-

Ulf sonrió. Una sonrisa amplia, poderosa. Tal como lo había querido Hroald.

Y así, tras semanas de marcha y leyendas oscuras, los Lobos Negros emergieron de entre las brumas de los últimos cerros y divisaron, al fin, las murallas azules de Thalvonir, la capital costera de Caerondor. Sus faroles aún brillaban, pero las torres no disparaban flechas. Las campanas no sonaban.

La ciudad esperaba. Silenciosa.

Como un animal herido que se deja devorar... O como una trampa esperando cerrarse.

## Capítulo 10 – Donde rompen las olas

El mar bramaba contra los muros de Thalvonir como un dios furioso. Las olas chocaban con furia contra los pilotes de madera del puerto, haciendo crujir el viejo muelle como si la ciudad misma supiera que esta era su última noche intacta. Desde las almenas hasta las calles adoquinadas, desde los campanarios hasta las plazas vacías, Thalvonir se preparaba para el juicio final.

Los Lobos Negros rodeaban sus murallas. El estandarte de Ulf —el lobo de guerra con fauces ensangrentadas— ondeaba al viento sobre catapultas improvisadas y empalizadas construidas con los restos de aldeas quemadas. Las filas del Sur rugían. Estaban embriagadas por su reciente victoria. Pero Thalvonir no era Port Evaryon. Thalvonir era la joya del Norte. Y aunque sus puertas se habían abierto para fingir sumisión, sus calles estaban afiladas.

Las fuerzas de Hroald aguardaban. Escuderos, veteranos, cazadores de las montañas, milicianos armados con lo que tuvie-

ran. En los muros ondeaba una única bandera: la del cuervo de Sylvaria, con una cinta azul atada en cruz. La señal pactada.

Eskil la reconoció desde la loma donde los arqueros de Ulf se posicionaban. Su casco negro brillaba bajo la luz del amanecer. No dijo nada. Solo bajó la visera y montó en su corcel, Olaf. Sus ojos, ocultos tras la ranura, ardían.

La farsa aún no había terminado.

El primer cuerno sonó al alba. Las catapultas improvisadas escupieron piedras sobre las murallas de Thalvonir, y los mercenarios cargaron por la playa, escudos en alto, gritando como si la fuera fuera suficiente para romper piedra.

Pero Thalvonir resistía.

Las tropas de Hroald, disfrazadas de un ejército desesperado, respondieron con fiera controlada. Se dejaban avanzar... Para luego golpear donde dolía. Emboscadas en las callejuelas del puerto. Falsos retiradas en los muelles. Los barcos incendiados como trampas flotantes.

Las horas pasaron. El mar se volvió rojo.

El viento golpeaba el mar con furia, y las olas se estrellaban contra los muelles de piedra de Thalvonir como si quisieran romper la ciudad ellas solas. Las campanas ya no sonaban. Los portones habían cedido. Y los Lobos Negros, como un río de acero, se desbordaban por las calles húmedas y empinadas de la ciudad costera.

Eskil estuvo en la primera línea. Luchó como lo había hecho en sus mejores días: con precisión, con rabia, con la danza de la muerte marcada en cada movimiento. Cortó tendones, astilló huesos, derribó muros humanos con su fuerza.

Junto a él, Halvard rugía con cada tajo, su hacha de guerra girando en espirales de muerte. Había sido su sombra, su escudo y su hermano. En las calles de Thalvonir, nadie dudaba de su lealtad.

Y más atrás, al frente de la aglomeración de mercenarios, marchaba Ulf. El gran lobo negro. Su hacha del tamaño de una puerta, manchada de rojo desde la empuñadura hasta el hierro. Ulf no luchaba por gloria. Luchaba para conquistar. Para romper el Norte. Para ser leyenda.

Los defensores de Hroald resistían con fiereza. La marina del norte bloqueaba los canales. Las calles estaban cortadas, las barricadas bien formadas. Flechas llovían desde las torres. El puerto era una marea de fuego y humo.

La batalla fue pareja durante horas. Los cuerpos de hombres y mujeres se amontonaban como costras de barro. Thalvonir no se rendía. Y los Lobos Negros no retrocedían.

Pero fue al caer la tarde cuando todo cambió.

Una explosión desde los depósitos cercanos al faro rompió la formación norteña. El humo lo cubrió todo. Gritos, fuego, acero contra acero.

Cuando se despejó la neblina de guerra, apenas quedaban unos pocos en pie en el muelle central.

Los tres.

Eskil.

Halvard.

Ulf.

Las olas se estrellaban contra el muelle como truenos. Los barcos en llamas crujían al fondo. Halvard estaba en el suelo, su pierna destrozada, un corte profundo cruzando su torso. Intentaba mantenerse sentado, pero cada respiración era un gemido de dolor.

— Eskil... —dijo, con sangre entre los dientes— ... Ahora o nunca... Sé lo que quieres...-

Eskil no respondió. Dio un paso al frente, desenvainando La Viuda. La hoja negra cantó como un susurro frío. Ulf, frente a él, ladeó la cabeza. Su barba manchada de sangre. Su cuerpo intacto. A su lado, su hacha aún goteaba.

— ¿Es esto? —preguntó Ulf con voz grave, como si ya supiera—. ¿Aquí?-

Eskil lo miró a los ojos.

— Aquí.-

Un silencio se impuso, apenas roto por las olas. Ulf asintió. No con rabia. No con sorpresa. Sino con tristeza.

— Siempre fuiste mío, Eskil. Lo que sabes. Lo que eres. Yo te lo di.-

— ¿Y lo que me quitaste? ¿Y lo que destruiste? —dijo el joven—, soy el único que puede detenerte... El único que te conoce...-

Ulf sonrió. Una sonrisa rota, orgullosa y devastada a la vez.

— Que rompan las olas, entonces.-

Y cargó con su hacha, como una tormenta.

El choque de los metales pareció detener el mismo tiempo. El aire se desgarró con el eco de acero contra acero, una música terrible que reverberó entre las ruinas del muelle. Las olas seguían golpeando, pero ni el mar se atrevía a alzar más la voz. Solo ellos dos.

Maestro y alumno.



El afilador y el afilado.

Eskil se mantuvo firme, sus pies plantados en la piedra resbaladiza. Su gran espada, temblaba bajo el peso del hacha de Ulf, que gruñía como una criatura viva. El hombre frente a él no era solo un guerrero, era una montaña que le había enseñado a esca-  
lar con los nudillos sangrantes.

— ¡Tu golpe es más firme! —gruñó Ulf, forzando el peso de su hacha—. Has aprendido.-

— Aprendí viendo cómo matabas a quienes confiaban en ti.-, dijo Eskil, girando su hoja y desviando el arma hacia un lado.

El movimiento fue rápido. La Viuda cortó el aire, rozando el peto de Ulf. Sangre brotó, pero solo un hilo. El lobo negro retrocedió un paso, escupiendo al suelo.

— ¿Y ahora te haces el justo? —se burló—. ¡Tú también has quemado, Eskil! ¡Tú también sangraste inocentes en Port Evar-  
yon!-

Eskil no parpadeó.

— Fue necesario. Como lo será esto.-

Se lanzaron el uno contra el otro.

El duelo era como un canto antiguo, salvaje y sagrado. Eskil se movía con la precisión de un asesino, cada tajo como una sentencia. Ulf, por su parte, era puro poder, golpes como martillos, cada uno capaz de partir un hombre en dos.

El muelle se convirtió en su campo sagrado.

Y Halvard, entre los restos de cajas rotas y sangre, apenas podía ver. Pero observaba.

— Maldita sea... Eskil...-, susurró, con los ojos entrecerrados.

Un tajo de Ulf rozó el rostro del joven. La cicatriz en su nariz se abrió de nuevo, la sangre bajando en silencio.

Eskil giró sobre su talón, su espada fue hacia el flanco del gigante... Pero Ulf lo anticipó. Lo desvió, lo empujó con el hombro, y ambos se separaron con resuellos.

— No tienes que hacerlo, muchacho —dijo Ulf, bajando apenas el hacha—. ¡Podríamos terminar esta guerra juntos! ¡Talvo-  
nir sería solo el principio!!-

Eskil alzó la mirada. Su cabello mojado caía sobre su frente.

— No hay más “juntos”.-

Levantó su espada.

— Hoy, uno de los dos muere. Y yo ya decidí quién.-

La tormenta volvió a rugir sobre el mar. Y entonces... Cargaron una vez más.

Tablones quebrados flotaban entre las olas manchadas. Los cuerpos de soldados, nortebos y sureños por igual, yacían como espigas rotas tras la siega. Y en el centro del caos, dos colosos de carne y hierro danzaban su última danza.

Ulf se lanzó con un grito primitivo, el hacha trazando un arco como un cometa sangriento. Eskil rodó, la hoja de su espada rozando el muslo de su antiguo maestro. Chispas. Sangre. Un jaseo ahogado.

— ¡Eres fuerte, maldito bastardo!!-, gritó Ulf, escupiendo saliva y furia.

— Tú me hiciste así.-, contestó Eskil entre dientes, sin alegría, sin gloria. Solo verdad.

Chocaron de nuevo.

Y entonces La Viuda mordió. Un tajo limpio en el costado. Ulf gruñó, cayó de rodilla. El hacha le tembló en la mano.

Eskil se acercó, la espada en alto, pero Ulf lo detuvo alzando una mano ensangrentada.

— Antes... de hacerlo... dime... ¿por qué?-, preguntó de forma firme.

— Me pregunté durante años... por qué. —La voz de Eskil era baja, como si hablara a un cadáver que aún no sabía que estaba muerto—. Por qué arrasaste Rödborg. Por qué los quemaste. A mi madre. A mi padre. A los niños... A mí.-

Ulf soltó una risa que se volvió tos.

— Porque así era la guerra, Eskil —murmuró con rigidez—. Porque alguien me pagó para hacerlo. Porque si no era yo, iba a ser otro... Pero no me arrepiento.-

Eskil se congeló.

— Quemé tu aldea. Maté a los tuyos. Porque eso es lo que forja a los hombres duros. Los que sobreviven... Merecen liderar. —Alzó los ojos, casi con orgullo—. Y tú sobreviviste, Eskil. Te volviste un dios entre hombres. Mírate ahora... El Enviudador... Una leyenda viviente... ¡Tan joven y ya apuntas a la cima!-

— A costa de todo. —La voz de Eskil se volvió un susurro feroz, interrumpiendo a Ulf—. De mi madre. De mi padre. De mi alma.

Ulf se irguió lentamente, de rodilla pero aún con dignidad.

— Yo te hice fuerte... Te crié como mi hijo.-

— No. —Eskil bajó la hoja—. Me quisiste porque era útil. Porque luchaba bien. Porque me hiciste a tu imagen... Para poder decirte que aún eras humano. Tú solo me enseñaste a matar. El resto... Lo aprendí odiándote.-

Y con un solo movimiento, limpio, sin espectáculo, La Viuda cortó la garganta de Ulf.

El cuerpo cayó con un sonido seco, más humano que épico. La sangre se mezcló con la lluvia del muelle. Eskil no celebró. Solo se quedó allí, respirando hondo, con el brazo ensangrentado.

El faro de Thalvonir parpadeó, como si hubiese presenciado la ejecución.

— Descansa, viejo lobo.-, murmuró, finalmente, sintiendo un gran peso liberado de sus hombros.

Entonces escuchó un quejido.

Halvard.

El viejo amigo, el hermano de mil batallas, seguía allí, apenas respirando.

Eskil corrió hacia él. Lo sostuvo entre los brazos. Halvard sangraba por la boca, por la herida de su torso y finalmente por su mutilada pierna. No tenía salvación.

— Hermano...-, susurró Eskil.

Halvard sonrió. Una sonrisa herida, desdentada y lejana.

— Lo mataste...-, dijo de forma débil.

— Tenía que hacerlo. Él... Nunca nos quiso. Ni a ti, ni a Leif, ni a mí. Solo nos usó.-, dijo Eskil, tratando de convencer a su amigo.

— No... No es tan simple, Eskil... —tosió sangre—. Él... Me hizo alguien. Me sacó del barro... Me enseñó a pelear, a vivir... Incluso si eso significaba matar.-

— ¡Y por eso ibas a seguirlo hasta el final? ¿Incluso sabiendo lo que era?-

Halvard cerró los ojos.

— Sí. Porque no todos... Nacimos para ser héroes.-

Un silencio se rompió entre ambos.

Eskil lo abrazó. Apretó los dientes.

— Lo sé.-

Desenvainó una pequeña daga. Halvard lo entendió. Asintió.

— Hazlo bien... Como tú sabes...-

Eskil lo hizo. Rápido. Silencioso.

Después se quedó solo en el muelle, rodeado de cadáveres, ruinas y sal. Los cuervos no habían llegado aún. Pero llegarían.

El faro volvió a encenderse, sus luces iluminando el muelle entre la lluvia. Una lluvia que cubrió las lágrimas del Eskil durante los primeros rayos de luz.



La lluvia había cesado cuando los estandartes del Norte aparecieron entre la bruma del amanecer, ondeando en el viento húmedo. Al frente de la columna, montado sobre un corcel blanco, cabalgaba el rey Hroald.

Su armadura brillaba bajo el sol recién nacido, pero sus ojos buscaron con ansiedad entre los escombros del muelle. Y cuando vio la silueta solitaria, de pie entre los cuerpos, con una espada clavada en el suelo y la cabeza gacha...

Sonrió.

— ¡Eskil! —gritó al desmontar, corriendo como si los años no pesaran en sus huesos—. ¡Por todos los dioses chico, lo hiciste! ¡Lo lograste!-

Eskil alzó el rostro, cansado, manchado de barro, sangre y lluvia. A su alrededor, los cuerpos de Ulf y Halvard yacían con la dignidad de los vencidos. No quedaban testigos... Solo historia.

— Ha terminado.-, dijo simplemente.

Hroald asintió, conmovido. Puso una mano firme sobre su hombro.

— Esta noche... todo Sylvaria sabrá tu nombre. El Enviador ha puesto fin a la guerra de Thrugnar-

Y así fue.

Eskil fue llevado por el propio rey Hroald hacia la provincia de Eldarion, a la capital más grande de Sylvaria. Elvenor.

Allí, pasaron semanas en las que trataron las heridas de aquel joven, que con tan solo catorce años, había ido y vuelto del infierno infinitas veces.

La ciudad estaba en calma. No una calma de rutina, sino esa calma extraña que llega después de una gran tormenta. La capital del Norte comenzaba a sanar. Las paredes aún mostraban cicatrices de los combates pasados, pero la gente... La gente reía otra vez.

En el interior de una de las torres del palacio real, Eskil yacía en un lecho amplio, cubierto con mantas pesadas. Sus heridas

habían sido tratadas por los mejores sanadores del reino. Los cortes en su pecho y brazos cicatrizaban lentamente.

Una mañana, la puerta se abrió sin anuncio.

Sorine.

Vestía ropas sencillas, más propias de una aldeana que de una noble, pero llevaba el guante bordado que alguna vez le regaló a Eskil.

Sus ojos se encontraron.

No dijeron nada al principio. No lo necesitaron.

Sorine se acercó, se sentó al borde de la cama, y tomó su mano. Apretó los dedos endurecidos por la guerra como si fuesen de porcelana.

— Te vi en mis sueños —susurró ella—. Sangrando... Solo... Entre la niebla.-

— No fue un sueño. —dijo él, sin adornos—. Fue el fin.-, ella bajó la mirada.

— Lo sé.-

Ambos quedaron en silencio, un cómodo y agradable silencio.

— Te esperé —dijo Sorine, más firme ahora—. Desde que partiste, cada noche pensaba si volverías... Y si no... Si al menos morirías siendo tú.

Eskil le sostuvo la mirada.

— Lo hice. —susurró— Morí en ese muelle, Sorine. Pero alguien... Alguien más se levantó en mi lugar.-

Ella lo abrazó. Por fin. Y él, por fin, permitió que alguien lo sostuviera.

El día de la ejecución llegó.

Los dos reyes del Sur, aún con ropajes nobles pero rostros caídos, fueron llevados ante la multitud. Se les leyeron sus crímenes.

Alta traición.

Conspiración contra la Corona.

Asesinato de inocentes.

Guerra injusta entre hermanos.

Nadie pidió clemencia. Nadie lloró.

Las hachas del verdugo descendieron al mismo tiempo. La plaza guardó silencio... Y luego, estalló en vítores. No por la muerte... Sino por el cierre de un capítulo largo y doloroso.

# Epílogo

Rödberg, 14 de Abril de 1317

El sol se asomaba tímido entre los robles jóvenes de la colina. La brisa suave olía a flores silvestres, pan recién horneado y madera nueva. La tierra de Rödberg, una vez ceniza y ruina, florecía como si el pasado jamás hubiese dejado su huella de fuego y sangre.

En medio de aquel campo dorado, una niña de cabellos castaños y risa escandalosa corría entre los arbustos, agitando una rama como si fuera una espada.

— ¡Soy la Enviudadora! ¡Teman, lobos!-, gritaba con una voz aguda, incapaz de pronunciar bien algunas palabras.

— ¡Cuidado, Rikissa! No golpees al perro otra vez.-, respondió su padre, riendo.

Eskil la perseguía con una torpeza fingida, dejando que la niña lo golpeará en la pierna con su “espada”. Fingió caer al suelo

con un gruñido teatral. Rikissa, triunfante, se subió sobre él y gritó:

— ¡Te vencí, padre! ¡Yo soy la nueva heroína de Sylvaria!-

— Entonces, ¿aguantarás esto?-, le dijo él, mientras la hacía cosquillas.

La niña se retorció de la risa, y su padre la miraba como si no existiera otro mundo más allá de ese instante.

A lo lejos, desde la entrada de la casa grande de piedra blanca y tejados verdes, Sorine los miraba. Sostenía en brazos a un pequeño envuelto en mantas tejidas a mano. Leif, su hijo de apenas siete días. Dormía con una paz que Eskil jamás creyó posible para alguien con su sangre.

Ella sonrió. No decía nada. Solo observaba, como una madre que lo tiene todo.

Más tarde, cuando Rikissa dormía abrazada al perro en el porche y Leif dormía plácidamente junto a su madre, Eskil subió solo a la colina.

La misma colina de su infancia. La de los pastos suaves donde alguna vez pastoreó ovejas y soñó con ser más que un niño de aldea.

Frente a él, dos lápidas sencillas.

Olaf de Rödberg.

Astrid de Rödberg.

*“Y cuando el fuego llegó, ellos no huyeron. Dieron todo por su hijo.”*

Eskil dejó una pequeña piedra sobre cada tumba. Una vieja costumbre de los pastores de su tierra.

— Han pasado diez años —murmuró, arrodillándose—. Y al fin... Puedo decir que estamos bien.-

Se quedó allí, bajo el sol poniente. Escuchando el canto de los pájaros, el susurro de los árboles... Y en su mente, las voces de quienes partieron: Ulf, Halvard, Leif... Todos.



Pero ya no dolía tanto.

El viento movió su capa con suavidad. En su broche, el símbolo de su nueva casa: un dragón alado sobre fondo verde. La casa de Drac. Noble por sangre de batalla, no por linaje.

— Leif lleva tu nombre, viejo amigo —dijo, alzando la vista—. No en memoria de tu muerte, sino en honor a tu vida.-

Y entonces sonrió. Porque por primera vez en años, la sonrisa le salió sin esfuerzo.

Volvió a casa mientras las campanas del pueblo sonaban, llamando a la cena. Los campos estaban sembrados. Las casas llenas. Y el futuro... Por fin abierto.